PÁNICO EN LAS ESTRELLAS
CURTIS GARLAND



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPITULO PRIMERO

Despertó.

La primera mirada fue torpe, confusa. Tardó en ver cómo se aclaraban las formas turbias, más allá de aquel muro transparente que las deformaba por su estructura cóncava.

Después, no sólo pudo ver con más nitidez, sino que los recuerdos acudieron a su mente. Supo dónde estaba y por qué estaba allí.

Respiró con fuerza. Aire limpio penetró en sus pulmones. Trató de mover los dedos de sus manos. Resultó. También pudo accionar sus pies a uno y otro lado. Notó cómo el torso subía y bajaba con el ritmo de la respiración.

-Estoy vivo -dijo para sí-. Y además, físicamente bien. Mentalmente, tampoco parece que me ocurra nada.

Después movió todo el cuerpo. Se desprendió de las bandas plásticas que le sujetaban dentro de aquella urna cilíndrica de materia cristalina, inmediatamente, la tapa de la urna se abrió en forma automática. Era lo previsto. Erguido, miró en torno suyo. Le llegó el suave zumbido de los ordenadores en funcionamiento, el parpadeo de luces multicolores de los paneles de las computadoras, desde la vecina sala de mandos autónomos.

-Todo en orden -murmuró en voz alta, más para oírse su propia voz que por necesidad de expresar sus pensamientos con sonidos.

Un poco ronca, pero era su misma voz. El tiempo transcurrido no había cambiado todas esas cosas, cuando menos. Hizo una serie de flexiones. El cuerpo estaba entumecido, pero respondió bastante bien.

-Ya no hay duda -volvió a hablar. Y su voz resonó en el silencio del ámbito amplio que le rodeaba-. Ninguna duda. Ha resultado bien.

Para confirmarlo, se encaminó hacia las computadoras. Sus pasos fueron algo torpes y lentos, pero seguros en su ritmo y fuerza. Llegó ante las pantallas por las que desfilaban incansablemente cifras y gráficos de compleja estructura, resultado de la actividad electrónica constante de los mecanismos encargados de controlar y mantener todo aquello en perfecto orden.

Pulsó unas teclas. Unas cifras saltaron rápidamente a una de las pantallas. Los ojos humanos las estudiaron atentamente. Movió la cabeza, aprobador.

-Perfecto -dijo-. Nada ha salido mal. Todo tal y como fue previsto. Supongo que estos mismos datos habrán sido ya enviados puntualmente a la base de seguimiento.

Se apartó de las computadoras. Acababa de recordar lo más importante. También eso tenía que ser confirmado de inmediato. Respecto al mecanismo que mantenía aquella gran nave en marcha a través de distancias inconmensurables, y a todos los sistemas vitales de a bordo en perfecto ensamblaje, ya no cabían dudas. Funcionaba la ruta, la velocidad, el aire respirable, la gravedad artificial, la presión, la temperatura, todo.

Ahora faltaba saber si también la vida a bordo continuaba sin novedad, como en su propio caso. Después de todo, él no era el único ocupante de la nave *Nébula-7*. Sólo un miembro de la tripulación. Y no el más importante.

Caminó hacia la puerta oval. Allí detrás estaban los demás. Todos ellos. Era la Cámara Vital. Ellos mismos le habían puesto ese nombre, ya que allí debían mantenerse con vida durante aquel periodo de tiempo que ningún ser humano, hasta el momento, había sido capaz de superar biológicamente.

Que él ocupara otro lugar, cerca de los ordenadores, tenía su explicación. Era el encargado de su funcionamiento, y además el vigilante a quien correspondió en todo momento el control y seguridad del resto del insólito pasaje. Era, en suma, el responsable directo de que las cosas fueran bien y continuaran yendo así posteriormente, tras el Gran Sueño, como ellos irónicamente lo habían definido.

Por eso ocupó la urna solitaria, sólo con las computadoras como vecinas suyas. En cierto modo, Enola Gay era una amiga suya, una entrañable compañera.

Sonrió, moviendo la cabeza, mientras pensaba en eso y llegaba ante la puerta oval, hermética ante sus ojos.

-Enola Gay... -repitió-. Aquel pobre piloto que hace doscientos años bautizó con ese nombre el primer ingenio nuclear de la historia de la Tierra, poco podría imaginar que el mismo nombre de su máquina de matar iba a serle aplicado dos siglos más tarde a una supercomputadora casi inteligente, casi sensible y casi humana... Aquel artefacto sólo servía para destruir. Esta vez, el nombre es para un ingenio que sirve para vivir, para llegar a las estrellas, adonde jamás llegó el Hombre. Si existe el cielo o el infierno más allá de este cielo que ahora recorremos nosotros, posiblemente se sienta el pobre diablo algo aliviado en su tremenda carga de conciencia...

Dejó de divagar. Pulsó el botón electrónico de la cerradura. La puerta oval cedió suave, silenciosamente, hundiéndose en el metálico muro. Penetró por la obertura, a la cámara llamada por ellos «Vital».

Allí estaban. Los seis. Los contempló, mientras caminaba hacia ellos sobre el suelo bruñido, bajo el resplandor de las luces situadas tras los blancos paneles, que daban una claridad uniforme y blanquecina, casi espectral, al recinto destinado al largo sueño de los viajeros.

-La suspensión animada ha terminado -murmuró-. Cien años de sueño a concluir de un momento a otro, amigos míos. Os sorprenderá ver que con esta clase de sueño, ni siquiera la barba crece en nuestra piel, ni las uñas aumentan una sola pulgada, al contrario de lo que les sucede incluso a los muertos...

Le hizo sonreír su macabro sentido del humor. Se imaginó la complacencia de su comandante, el capitán de astronautas Lee Starks, cuando saliera de aquella cápsula cristalina en que dormía profundamente desde hacia un largo siglo, y viera que su nave funcionaba perfectamente, que estaban lejos, muy lejos del planeta Tierra, a cien años de distancia del mismo, en un remoto confín del espacio.

Las seis urnas se alineaban perfectamente ante él. Allí dormían todos: el capitán Starks, Velda Vinder y Morgana Rand, las dos únicas mujeres de la expedición, Kurt Faldon, Ingram Bows, Lem Kasdar... Todos. Así hasta completar los siete tripulantes de la *Nébula-7*.

Con su peculiar sentido del humor, Faldon había dicho allá en la pista de despegue de la lejana Tierra, el día en que iniciaban su fantástico periplo por los espacios:

-Somos siete tipos privilegiados. Deberían llamarnos «los Siete Magníficos»…

Y se reía al decir esto, imaginando quizá aquella aventura como una epopeya digna de aquel viejo y lejano Oeste que a él tanto le entusiasmaba desde niño, una gran colonización de nuevas regiones hacia una remota frontera nunca alcanzada.

Se detuvo ante la primera urna. La morena belleza color canela oscuro de la sensual Morgana Rand, fue lo primero que vislumbró. Reposaba apaciblemente en el interior de la urna, como dormida. Su pelo rizoso, sus labios carnosos y su tersa piel oscura le daban un encanto mórbido y exótico que siempre le había gustado. Pero sabía que tanto Morgana como Velda viajaban allí en calidad de astronautas y no de concubinas, aunque había cabido en lo posible, al hacer las previsiones del largo viaje a las estrellas, de que el sexo ocupara también una parte inevitable de su existencia en el Cosmos, lejos de todo planeta habitado.

Dejó de nuevo de dar rienda suelta a sus pensamientos. Caminó unos pasos. Junto a la morena Morgana estaba Velda Vinder, con el contraste de su rubia y estilizada belleza nórdica, los azules ojos cubiertos por sus finos párpados y doradas pestañas, enfundada en el plástico metalizado de su rojo traje espacial. Más allá estaba Lee Starks, el comandante de vuelo, con Faldon, Bows y Kasdar a continuación.

Les examinó atentamente. Todo parecía en orden. Dormían tan tranquilamente como durmiera él durante un siglo entero. Era como si no hubiera pasado el tiempo y estuvieran en su mundo de origen, a mediados del siglo XXI. Pero no era así. El indicador de tiempo y distancia de la computadora Enola Gay se lo había dicho claramente un momento antes: habían transcurrido exactamente cien años desde su sopor inicial. Y la distancia recorrida era ingente, increíble, puesto que la velocidad del *Nébula-7* había sido muy superior a la imaginada en principio.

-Y ahora, amigos, a despertar -sonrió acercándose al tablero donde seis botones numerados activarían el regreso a la vida de sus camaradas. Él, como encargado de la seguridad a bordo, tenía esa misión desde un principio. Fue el último en dormir y sería el primero en despertar. Así había ocurrido. A continuación, debía devolver a la conciencia a sus hibernados compañeros.

Bastaría presionar cada uno de aquellos botones, para que las cámaras cristalinas se abriesen una a una, dejando fuera de su hermetismo aislante a los seis durmientes.

Después, todo seguiría de forma rutinaria, automática, tal y como estaba programado en la computadora. Empezarían a respirar, despertarían como él despertó, y tras los saludos de rigor y las mutuas felicitaciones, la vida se reanudaría a bordo como si nada hubiera pasado, como si cien años hubieran sido solamente unas pocas horas de reposo para cada uno de ellos.

-Arriba, muchachos -sonrió Dorian Kerr, el séptimo viajero del *Nébula-7*. Y apretó uno tras otro los seis botones del regreso a la vida normal.

*** * ***

Las numerosas pantallas de la computadora central continuaban, inmutables, su constante desfile de cifras, gráficos y cálculos complicados, que el cerebro electrónico iba resolviendo con fría precisión. Todos los problemas de a bordo, todos los mil y un mecanismos de la gran nave cósmica, se resolvían allí dentro. La máquina lo controlaba todo, lo asimilaba todo, lo registraba todo. Y así desde cien años antes. Estaba programada para cumplir igual misión durante milenios.

De repente, sus circuitos parecieron sufrir una alteración. Fue como una crisis súbita. Igual que cuando los nervios de un ser humano se transmutan en un poderoso shock. Aquellos nervios de metal y de microordenadores, también se sobresaltaron por un instante.

Y todas las pantallas de la sala de computadoras, se cubrieron de color rojo vivo, luminoso. Se apagaron cifras y gráficos, aunque la máquina seguía funcionando.

En cada una de las pantallas, repetidamente, surgió la misma frase, escrita con aquellas letras fluorescentes de la computadora, en un verde lívido que destacaba sobre el fondo rojo:

TODOS MUERTOS. TODOS MUERTOS. TODOS MUERTOS...

En la Cámara Vital, un alarido de horror escapó de la garganta de un ser humano, del único ser humano vivo a bordo del *Nébula-7*...

CAPÍTULO II

Muertos.

Todos muertos...

Era imposible. Era intolerable aceptarlo. Pero era la cruda, feroz realidad. Él era el único que seguía con vida a bordo. El único...

Dorian Kerr, demudado, tambaleante, logró apartarse del muro y contemplar de nuevo aquel horror, aquellos cuerpos dentro de las cabinas. En una pantalla, ante él, donde debiera haberse reflejado en caso de normalidad la temperatura, presión sanguínea y estado de salud de los seis viajeros en gráficos minuciosos, aparecía solamente una palabra repetida seis veces:

MUERTO, MUERTO, MUERTO, MUERTO, MUERTO, MUERTO...

Seis gráficos en blanco. Negativos. Sin indicador de pulsaciones, de palpitaciones cardíacas, de actividad cerebral. Datos, cardiogramas y encefalogramas, todo ello ausente. Una línea plana. Y encima, la palabra terrible, contundente, definitiva: MUERTO.

Muerta la negra Morgana, muerta la rubia Velda, muerto el comandante Starks, muertos Faldon, Bows, Kasdar...

-No, Dios mío, no. No puedes hacerme esto, Señor... Dime que no es posible, que estoy soñando, que aún no he vuelto en mí, que todo es mentira, que lo estoy imaginando... o que las máquinas se han equivocado...

Pero no. Sabía que no. Sabía que estaba despierto, que las máquinas no se equivocaban, que aquella atrocidad no era mentira ni imaginación, que estaba ante seis cadáveres encerrados en las cabinas de hibernación que se habían convertido, a lo largo de aquellos cien años, en sus cristalinos ataúdes...

Caminó unos pasos, tambaleándose, incierto. Se inclinó sobre los cuerpos para comprobar, una vez más, la espantosa realidad. Un escalofrío recorrió su espina dorsal y erizó los cabellos de su nuca.

-Oh, no, no... -jadeó, trémulo, lívido el rostro, a punto de caer.

Porque los cuerpos empezaban a no ser ya lo que eran cuando se alzaran las tapas de materia cristalina. Al contacto con el aire de la nave, la mutación escalofriante se estaba comenzando a producir.

Aquellos rostros se cubrían rápidamente de manchas grisáceas, las fosas nasales destilaban un humor acuoso, ligeramente rojizo, los labios prietos burbujeaban, empezando a mostrarse tumefactos, blancos, con llagas que también surgían de forma casi espontánea en sus manos. Un fétido hedor comenzó a brotar de los cuerpos inmóviles.

-Están descomponiéndose, se pudren por momentos al contacto con el aire... -jadeó convulso Dorian-. Oh, cielos, es demasiado horrendo para presenciarlo...

Sintió náuseas. Corrió a la puerta oval, salió por ella disparado, vomitó sobre el suelo de la cámara de computadoras. La puerta se cerró tras él automáticamente.

Lívido, desencajado, se dejó caer de espaldas contra el muro metálico, quedándose sentado en el suelo, la mirada estúpidamente fija en aquella frase aún impresa en verde sobre rojo, en cada pantalla de la computadora: Todos muertos.

En ese momento, Dorian comenzó a llorar. A llorar de forma irreprimible, patética, casi infantil...

*** * ***

Todo seguía igual a bordo.

La gigantesca nave surcaba el negro vacío estelar, rumbo a lejanos lugares, ya muy atrás el Sistema Solar, en ruta a otras galaxias. Las máquinas, con una precisión matemática, cumplían su labor minuto a minuto, aun sin la ayuda de manos humanas.

Sólo Dorian, pálido, solitario, erguido en el puente de la nave, contemplaba en un enorme visor frontal de forma panorámica, toda la vasta inmensidad del Cosmos, los astros salpicando la lejanía, las nebulosas fosforescentes brillando allá a lo lejos en la eterna noche del vacío estelar.

No quería pensar. No quería recordar nada. El trabajo podía mantenerle alejado de pensamientos que le causarían daño y desesperación. La idea de navegar eternamente por el Universo en soledad absoluta, era algo demasiado espeluznante, demasiado atroz para imaginarlo siquiera.

Cierto que la muerte, piadosa, acudiría alguna vez a reunirse con él, para llevarle a hacer compañía a sus infortunados camaradas, pero para eso podían faltar muchos años, lustros, décadas, generaciones incluso. Él era joven aún, muy joven. Y la media de vitalidad en la Tierra en los últimos años del siglo XXI había alcanzado fácilmente la centena. Podía sobrevivir aún ochenta años así, solo ante todo y frente a todo, Robinson en las estrellas, nómada solitario en el Cosmos. La idea le horrorizaba, pero no quería pensar siquiera en el suicidio, en la muerte voluntaria para terminar con aquella pesadilla. Siempre consideró al suicida como un cobarde que no desea enfrentarse a su propio problema y responsabilidad, a su infortunio y adversidad. Ahora se preguntaba si no sería a veces también un valiente que prefería la negrura silenciosa y eterna de la muerte al caos enloquecedor de la vida.

-No debo pensarlo siquiera -jadeó, horrorizado-. No quiero ni debo morir. Mi misión es ésta. Si la desgracia quiso que los demás muriesen durante su largo sueño en hibernación, yo debo continuar. Si el destino me ha preservado la vida, ¿por qué cortarla de raíz con mis propias manos? ¿Por qué rechazar lo que Dios me concede, tan injusta como misteriosamente?

A veces miraba aquella puerta oval, hermética frontera entre la vida y la muerte, entre su solitario mundo de vivo y el horror de lo macabro. Era como resistir junto a un panteón, como respirar día y noche junto a una cripta donde yacen los seres amados. Él no había tenido familia, ninguno de los voluntarios del Proyecto Olimpus la tenía, o de otro modo no hubieran sido admitidos para viajar por una posible eternidad a través del espacio. Todos ellos, al tomar la *Nébula-7*, sabían que dormirían durante cien años, para esperar a iniciar su tarea cuando hubiera transcurrido ese tiempo, lejos de todo lo conocido por el hombre en sus vuelos espaciales y en sus

exploraciones con sondas automáticas. Por eso no vacilaron en abandonar la Tierra, aun sabiendo que al despertar del letargo, ya nadie de cuantos les despidieron en la partida continuaría con vida en el planeta. Y si alguna vez regresaban, habrían transcurrido tantas generaciones, que incluso los biznietos de aquellos que ahora vivían habrían dejado de existir mucho tiempo atrás.

Pero todo eso se había derrumbado de repente. Un fallo en el mantenimiento automático de las cámaras de hibernación de la sala general, había provocado la muerte durante el sueño a los seis que allí se hallaban. Milagrosamente, sólo una cámara funcionó constantemente: la suya, fuera de la estancia destinada al resto de la tripulación.

Había podido detectar y localizar el fallo en la memoria de Enola Gay. Ello sucedió, según el registro de la computadora, unos treinta años atrás. Duró apenas un par de minutos, y de inmediato se reparó por sus propios medios. Pero ya era tarde. Esos dos minutos fueron fatales para los hibernados. Su actividad vital dejó de funcionar. La suspensión animada sufrió un brusco deterioro, y los cuerpos entraron en colapso fulminante. No sufrieron, eso es cierto. Murieron en pleno sueño, sin duda alguna. Pero murieron.

Hacía veinticuatro horas que descubriera el terrible hecho, y aún no le había sido posible conciliar el sueño. Tenía miedo incluso a dormirse, por si no llegaba a despertar. Sabia que ésa era una idea ridícula, por que este sueño era otra cosa, una simple función fisiológica y no un letargo en hibernación como el otro. Pero estaba lleno de temores, de angustias, de inquietudes.

Ahora, los cuerpos continuaban encerrados en sus urnas, a las que había inyectado aire helado para contrarrestar los efectos de la descomposición y congelar los cadáveres a una temperatura adecuada, que los mantuviese sin corrupción, salvo la iniciada ya en el primer momento. Quería tomarse algún tiempo para cumplir con una dolorosa pero inevitable tarea: lanzar cada cuerpo al vacío mediante el proyector de materias de a bordo, dejando que flotasen eternamente en el espacio, dentro de sus urnas, como ataúdes extraños en un fantástico e infinito cementerio en el que reposarían durante una eternidad, siempre en movimiento. La marcha de la nave era regular, no había planetas ni mundos cercanos que hicieran ejercer su atracción sobre la misma, y una reciente lluvia de meteoritos quedó muy atrás, rechazada por la barrera repelente que de inmediato la computadora activase al anunciar el peligro.

Había algo de majestuoso en la navegación estelar del *Nébula-7*, a través del océano negro y vacío del Universo. Pero Dorian Kerr no podía ahora gozar de esa maravillosa sensación que tanto había anhelado hasta iniciar aquel viaje, a causa de las sombrías ideas que torturaban su mente en estos momentos.

Cansado, dejó los mandos conectados al piloto automático de la computadora, y fue a tomar algo a la cabina de alimentación. No tenía apetito, pero sabía que debía de comer algo y tomar algún líquido para mantenerse fuerte y dueño de sí. Eligió del menú deshidratado un puré de legumbres y un poco de pescado. Para beber, optó por el café.

La máquina proveedora pronto puso ante él una bandeja plástica con lo elegido, tras la elaboración automática de los alimentos previamente deshidratados para aquel viaje. Había alimentación para siete personas en aquella nave, capaz de durar doscientos años. Para él solo, existía comida y bebida para una eternidad. Pero es seguridad respecto a la alimentación distaba mucho de tranquilizarle y complacerle. Hubiese preferido compartirlo todo con sus camaradas que vivir así, en soledad constante, hasta el fin de sus días. Ya había transmitido a la Tierra su informe de lo ocurrido, pero aún no obtenía respuesta. Quizá las comunicaciones tras aquel largo siglo de espera, no funcionasen del todo bien en su planeta. Podían haber sucedido tantas cosas allí en todo ese tiempo...

Comió con buen apetito, y se sintió mejor al final. Incluso se permitió fumar un cigarrillo, cosa que no prohibía ninguna norma de a bordo. Aunque ahora, bien poco podían importarle ya las normas a Dorian Kerr, el único astronauta vivo.

El ruido le sobresaltó.

Giró la cabeza. Tenía que provenir de algún mecanismo de la computadora, porque él y la máquina eran lo único vivo a bordo. Pero el zumbido de su funcionamiento le pareció normal y rutinario, sin justificar aquella especie de chasquido, percibido en alguna parte.

Se encogió de hombros. Después de todo, no podía ser nada serio ni importante. Si hubiese habido gente viva a bordo, hubiera pensado en una pisada o en el crujido de una puerta al entreabrirse, pero no era así.

Cuando el ruido se repitió, no pudo evitar un respingo de sobresalto. Y se puso en pie vivamente, mirando en torno con prevención.

Nada. La máquina continuaba, inmutable, su tarea cotidiana. No emitía sonido especial alguno. La soledad en torno suyo era absoluta. Miró a la puerta oval, casi por instinto. Como esperaba, seguía tan hermética como él la dejara. Sólo podía abrirse o cerrarse si alguien accionaba el resorte electrónico correspondiente.

-¿Dónde diablos sonó eso? -se preguntó, seguro de no haber oído mal por dos veces.

Fue hasta la máquina y pulsó las teclas, preguntando si había alguna deficiencia mecánica a bordo. La respuesta en pantalla fue concreta e inmediata:

TODO EN ORDEN. SIN FALLOS MECÁNICOS.

Arrugó el ceño, apurando su cigarrillo, que aplastó mecánicamente, antes de introducirlo en el aspirador de desperdicios, en cuyo interior penetró, para disolverse por completo. Tabaleó sobre el panel de la computadora, indeciso.

-No me engañó la imaginación -se dijo-. Oí ese ruido. Era un roce peculiar... Pero no hay nada a bordo que pueda producirlo...

Sin duda estaba en un error. Porque para su sorpresa, el ruido se repitió por tercera vez. Y ahora con mayor intensidad. Fue como el golpe seco de una puerta al cerrarse. Saltó sobre sí mismo, girando en redondo, la mirada dilatada y los nervios en tensión.

Todo seguía igual. Como si nada pudiera suceder a bordo. Quietud, silencio, soledad absoluta a su alrededor. Pero el ruido era real.

Y ahora estaba seguro de algo que erizó su cabello. Ese ruido había sonado dentro de la Cámara Vital. Detrás de la puerta oval herméticamente cerrada. Donde estaban los seis cadáveres.

Le tembló la mano al dirigirla hacia una panoplia donde reposaban hasta siete armas de fuego sofisticadas, todas ellas provistas de cargas perforadoras de rayos láser concentrados. Tomó una de ellas con dedos nerviosos.

-Es absurdo -se dijo-. No puede haber nadie a bordo. Es inútil empuñar un arma, pero...

Y avanzó, con ella en ristre, hacia la puerta oval.

*** * ***

Esperaba encontrar cualquier cosa horrible. Cualquiera. Pero no lo que encontró tras aquella metálica puerta silenciosa y hermética, cuando se hubo hundido en el panel y le permitió cruzar su curvo umbral al otro lado.

Se movió despacio, cauteloso, bajo la cruda iluminación blanquecina y uniforme, entre paneles de vitrofibra y conductos de aire aséptico y perfectamente acondicionado que daban una cierta gelidez deshumanizada a los ambientes del interior de la gran nave galáctica *Nébula-7*. Su mirada se mantenía fija en los seis tubos cristalinos donde reposaban sus amigos muertos. Nada parecía cambiado, nada alterado. Y, por supuesto, la cámara se mostraba a sus ojos tan vacía como en su interior visita para hacer el tremendo y macabro descubrimiento. Cualquier olor a fetidez había sido ya eliminado por la poderosa succión de aire viciado que producían los mecanismos de climatización y ambientación de la nave.

Aun así, creyó advertir ahora un vago hedor inconcreto, algo nauseabundo flotando en el ambiente. Apretó con más fuerza su pistola láser, y dio unos pasos más, dirigiendo tan sólo una vaga mirada de comprobación a los recipientes de hibernación convertidos tan trágicamente en cámaras letales y féretros cristalinos para sus desdichado ocupantes.

Se le heló la sangre en las venas y no pudo dar crédito a sus ojos.

No había nadie en ellos.

Absolutamente nadie. Ni el menor rastro de los seis cadáveres. Velda, Morgana, Starks, Faldon, Bows, Kasdar...

Todos habían desaparecido de sus recipientes.

Una horrible sensación de angustia se apoderó de él. Contuvo el aliento, dominó su instintivo pavor y trató de mantener fría la mente, cosa que no resultaba demasiado fácil en aquellas circunstancias. Giró una mirada circular en torno suyo, a lo largo y ancho de toda la amplia cámara vacía.

-No puede haber ocurrido -jadeó-. Es... es imposible. Ellos... ellos estaban muertos. Y aquí sólo hay una puerta, la oval. Nada ni nadie puede salir de aquí sin cruzar por la sala de computadoras, donde si yo no los llegase a ver, la propia máquina detectaría su presencia, informándome de ello y proyectando la imagen de inmediato en las pantallas de control... Además... los muertos no se mueven. No en la Tierra, cuando menos.

Se apoyó en el frío muro luminoso. Sentía un frío sudor perlando la frente. Le temblaban ligeramente las piernas. La pistola en su mano parecía ridícula. Nadie puede enfrentarse al vacío, a la nada, con un arma.

-Me pregunto si habré cruzado alguna frontera oculta del Universo, si estaré flotando ahora más allá de todo lo conocido, donde los muertos resucitan, donde cielo e infierno son posibles, tal vez cerca de Dios... o del diablo.

Era una idea demencial, lo sabía. Pero no se le ocurría otra. Él mismo había contemplado los cuerpos de sus camaradas, había comprobado su fallecimiento, había confirmado que las constantes vitales habían dejado de existir años y años atrás, e incluso había visto con sus propios ojos cómo la tumefacción de lo corrupto, de lo que se descompone, emergía en forma de placas repugnantes a sus labios, ojos y piel.

Y sin embargo...

Sin embargo, ninguno de ellos estaba ahora allí. Era como si una mágica fuerza desconocida los hubiera arrancado de sus cápsulas cristalinas para volatilizarlos en lo imposible.

Algo más sereno, Dorian se dijo que era preciso buscar la explicación plausible, la fría lógica que podía explicar lo inexplicable y razonar lo irracional. No era fácil, pero logró rehacerse y comenzar a recapacitar con total lucidez, apartando de sí oscuras ideas de superstición y de terror.

Paulatinamente, comenzó a explorar la cámara pared por pared. Se detuvo ante las rendijas de los suministradores de aire y los tubos del acondicionamiento climático. Eran conductos amplios, un dedal de galerías metálicas que formaban las entrañas de la nave, como retorcidas tripas rígidas a lo largo y ancho de su vientre de metal. Meditó, examinando las placas enrejadas que cubrían sus accesos.

Eran fáciles de quitar y poner nuevamente, y sus mangotes harían el resto, dejándolas encajadas en sus sitios sin necesidad de remaches o de tornillos, eso ya lo sabía él. Pero aquello no podía explicar ni remotamente el misterio. Para sacar de allí seis cadáveres hacía falta «alguien» capaz de hacerlo. Alguien lo bastante fuerte y astuto, lo bastante vigoroso y capaz de actuar en casi total silencio.

Y en la nave nunca hubo nadie, salvo él y sus seis camaradas muertos. De haber existido un polizón a bordo, las sensibles instalaciones de seguridad lo hubiesen detectado de inmediato, dando su información a la computadora central. Enola Gay jamás recibió semejante información.

Volvió a los receptáculos cristalinos, que estaban cerrados como si hubiera alguien dentro. Alzó sus tapas presionando los resortes precisos. Contempló el interior totalmente vacío. Su mano tanteó el fondo de cada uno de ellos. Miró con repugnancia sus dedos.

Había algo en ellos. Algo viscoso, repugnante. Algo parecido a pus, a materia hedionda, maloliente y pegajosa. Rastros de putrefacción. Residuos de cadáver corrompido. Eso alejaba toda posibilidad de un error en sus apreciaciones o en las de la máquina. Ellos estaban muertos y bien muertos.

Pero entonces, ¿dónde estaban ahora? ¿Cómo salieron de allí? ¿Por qué?

-Es para volverse loco -jadeó Dorian, hablando consigo mismo-. Tengo que localizarles. Lo intentaré como sea. ¡La computadora! Sí... Ella es la

única que puede ayudarme en este trance. Aquí no resuelvo nada, mirando esos ataúdes vacíos. Puede que se los hayan llevado por esos tubos de conducción de aire renovado, pero ¿quién y por qué? Es preciso encontrar una respuesta, la que sea...

Regresó, trompicando, a la sala de computadoras. Se acercó a Enola Gay, centro cibernético de toda la nave. Comenzó a teclear, excitado, escribiendo cuanto había acontecido en la cámara vecina y cuanto él podía deducir. Una vez transmitida toda esa información al cerebro electrónico, esperó respuesta.

No tardó en llegar. Era desoladoramente ambigua y oscura, muy lejos de lo que él podía esperar:

DATOS INSUFICIENTES. IMPOSIBLE LLEGAR A UNA CONCLUSIÓN. NO CAPTO NINGUNA PRESENCIA VIVA A BORDO SALVO LA DE DORIAN KERR.

Eso poco aclaraba. Sólo él estaba vivo allí. Pero eso no era lo que explicaba lo acontecido, precisamente. Aun así, insistió sobre la máquina, irritado. Pidió información de todas las zonas de la nave. Las pantallas comenzaron a emitir líneas onduladas y cambiantes. Por fin, en todas ellas aparecieron zonas de la nave, perfectamente enfocadas por los objetivos del circuito cerrado de seguridad. Pudo así visualizar la sala de controles, la de energía propulsora, las turbinas, la zona de aprovisionamiento, la del despegue de la micro-nave de emergencia, los largos corredores del sector C, destinado a los accesos a distintas zonas de reparaciones y de ajustes, la granja hidropónica...

No. La granja hidropónica, no. Su pantalla aparecía oscura, sin imagen. Dorian no pudo ver reflejado en ella el amplio estanque artificial, repleto de algas, y los invernaderos en derredor, en su vergel de plantas exuberantes, gracias a las placas de alimentación por energía solar hiper-concentrada.

-¿Qué ocurre con la Granja? -preguntó en voz alta. Y transmitió la pregunta al código de la computadora.

La pantalla central se iluminó con parpadeos en rojo y una palabra concreta apareció en ella: AVERIADA.

-¿Averiado el circuito de control que permite ver la Granja? -insistió él.

La máquina se limitó a ampliar ligeramente la información:

ZONA CON CONTROL ELECTRÓNICO AVERIADO. IMPOSIBLE RECIBIR IMAGEN DEL MONITOR.

-¿Por qué está averiada? -preguntó, tenso-. Antes no lo estaba.

Era como hablar con alguien vivo. Se hacía la pregunta en voz alta, en un constante monólogo, y la repetían sus dedos tecleando sobre la máquina codificada. La respuesta fue ambigua:

NO HAY INFORMACIÓN. INTENTO DE REPARACIÓN EN VANO.

-¡Maldita sea! -bramó, incorporándose airado y mirando a la máquina con auténtica ira-. Creí que eras perfecta, Enola Gay. Y eres sólo una máquina. Tendré que comprobar por mí mismo lo que sucede allí. No me gusta que se haya oscurecido el objetivo de televisión de la Granja, la verdad.

Recuperó su pistola láser y conectó todos los circuitos de seguridad automáticos, para poder seguir desde cualquier punto de la amplia nave lo que sucedía en los demás... excepto, naturalmente, en la zona averiada, que

ahora estaba en sombras: la granja hidropónica, su meta en estos momentos.

También tomó de un estante el pequeño emisor-receptor de sonido y de imagen, que adosó a su muñeca mediante el magneto de atrás. Aquella especie de cajita de fósforos hecha de metal, poseía una pantallita diminuta y un micrófono y audífono, para estar en constante comunicación con la computadora central y con todos los puntos de *Nébula-7*. Una palabra suya, previamente codificada, permitiría a Enola Gay actuar como cerebro organizador y poner en movimiento los sistemas de máxima seguridad o de emergencia de a bordo. Ahora que la zona de la granja hidropónica estaba en zona oscurecida, no sabía lo que podía suceder y era preferible adoptar todas las precauciones adecuadas.

Más tranquilo, aunque sintiéndose profundamente inseguro, abandonó la cámara de computadoras para dirigirse a uno de los ascensores que le conducirían al Nivel Cero, donde se hallaba la Granja Hidropónica Central, en la que algas y plantas vivían su existencia a bordo como si en vez de un vehículo espacial, fuese su mundo un planeta habitable e iluminado por un radiante sol. Después de todo, era vital para los seres humanos, si aquel proyecto cósmico hubiera llegado a ser realidad, que llevasen consigo en tan largo periplo espacial la compañía de planetas, de vegetación, de algas capaces incluso de servir de reserva alimenticia en caso de máxima emergencia.

El ascensor le llevó vertiginosamente a través de las tres plantas superpuestas de la vasta nave, hasta el Nivel Cero o inferior. Salió de la cabina circular y avanzó por el largo corredor desierto, crudamente alumbrado, pistola en mano, en su estanque y sus invernaderos. El jardín del *Nébula-7*, el vergel que viajaba por el Cosmos dentro de una nave de metal hecha por el hombre, estaba allí, cerca de él ya. Tal vez inofensiva y desierta, como siempre, con sólo la vida vegetal de sus especies y con el calor que irradiaban las placas solares de concentración lumínica y térmica.

O tal vez no.

Si algo o alguien se había introducido a bordo de la nave en aquellos cien años de viaje silencioso, podía estar allí, acechando en las sombras, oculto en la espesura del frondoso follaje, en las bóvedas acristaladas que permitían el paso del calor solar acumulado en las placas superiores.

Dorian llegó ante la vidriera. Apretaba con fuerza su pistola láser. Presionó el resorte de acceso. La puerta cedió, deslizándose el panel cristalino a un lado. Por el momento, todo parecía normal. Miró en su micro-receptor de pulsera. La imagen de la diminuta pantalla era la del corredor. Al pasar al umbral, se oscureció, por completo, sin emitir imagen alguna del interior de la granja.

«De modo que todos los circuitos están averiados -pensó-. No funciona ningún objetivo de esta zona...»

Se movió cautelosamente, tras encender las luces de la granja desde el mismo umbral, proyectores verticales de luz cayeron sobre los helechos que rodeaban la ovalada forma del estanque repleto de algas. Alrededor, vagos resplandores verdosos iluminaron los invernaderos encristalados, donde las plantas parecían fantasmales seres silenciosos, acechándole malignos.

Dorian avanzó paso a paso. La puerta vidriera se cerró suave, apagadamente, tras de él, como sucedía siempre. Se sintió extraña, terriblemente solo dentro del centro floral de la nave.

Y, sin embargo, un escalofrío recorrió su espina dorsal cuando tuvo conciencia exacta de que alguien le acechaba, vigilando en alguna parte.

Entonces estuvo seguro de que aquella soledad era falsa. No, no estaba solo.

Pero la certeza de que alguien más compartía con él aquel recinto, era infinitamente peor que la sensación de absoluta soledad.

CAPÍTULO III

Paso a paso. Movimiento a movimiento. Sigiloso como un felino, cauto como un combatiente en la jungla, enfrentado a un enemigo invisible.

Así se movía Dorian Kerr por la vasta extensión de la granja, donde las zonas de luz y de sombra se alternaban en inquietante mezcolanza. En el fondo, sabía que tenía miedo, que sentía un vago e indefinible temor o algo inconcreto. Pero trataba de dominar esa angustiosa sensación, intentaba por todos los medios controlar cualquier brote de pánico y llegar como fuese al fondo de la estremecedora cuestión iniciada con unos sonidos incomprensibles y la desaparición de seis cuerpos humanos totalmente desprovistos de vida.

Sus ojos no perdían detalle. Cualquier juego cambiante en la luz y los vagos movimientos de la densa hojarasca, en torno a la quieta superficie de agua salada del estanque, le hacía apretar con mayor fuerza la culata de su arma, con el dedo tenso sobre el resorte de disparo. Notaba sus nervios tirantes como cables, su epidermis vibrando presa de una excitación crispada, constante, que podía estallar de pronto en una crisis de violencia, de rabia, de cólera... o de terror loco y desquiciado.

Por fortuna, lograba conservar un cierto dominio de su mente en esos instantes de máxima tensión, y su lucidez le permitía no dispararse en un equivocado comportamiento que podía ser tan inútil como peligroso.

Rodeó el estanque lentamente. Por un momento, su propia imagen reflejada en la superficie salpicada por los brotes de algas, le sobresaltó. Empezaba a resultar extraño incluso verse a sí mismo reflejado en alguna parte. Era ya tanta la adaptación al hecho incontrovertible de que no podría ver jamás a ningún otro ser humana, que su mismo físico le resultaba raro, insólito.

Se contempló a sí mismo en las aguas, como si viera a un desconocido con la mirada fija en su persona. Sonrió amargamente y meneó la cabeza.

-Pobre diablo -dijo, hablando consigo mismo-. Acabarás completamente loco en este manicomio vacío...

Y alargó una pierna, removiendo con su bota plástica y ligera la superficie acuosa. Las ondas concéntricas agitaron el estanque, borrando su imagen como si fuese simple humo en el aire.

Entonces oyó el sonido. A sus espaldas.

Se puso rígido. Le costó mucho dominarse, no darse media vuelta rápida, comenzando a disparar rayos láser contra los invernaderos. Se mantuvo quieto, como si nada hubiera captado, contemplando su bota mojada con aire perplejo, mientras sus sienes y su corazón palpitaban al unísono de modo desacompasado, casi violento.

«Está ahí... -pensó-. Lo que sea... está ahí, a mis espaldas... muy cerca».

Otra vez. El mismo sonido. Un vago roce. Hubiera podido ser el agitarse de los arbustos del invernadero, movidos por un viento sutil. Pero en la nave

no había viento. Ninguna brisa podía mover aquellas plantas para producir ruido alguno.

Se retiró lentamente de la zona del estanque, como si no hubiera oído nada, y reanudó su marcha en torno a los helechos, hacia el invernadero. Se sabía escudriñado vigilado por aquella vida que se movía a su espalda sigilosamente, entre la espesura lujuriosa. Y no se quería volver. No aún. Era preciso darle más confianza al ser... o lo que fuese aquello.

Unos pasos más. De repente, otro roce. Se estremeció. Lo que estaba tras él, no parecía querer pasar inadvertido. Ya no ocultaba los ruidos que producía. Por ello mismo, se dispuso a volverse.

Pero antes de eso, algo rozó su nuca. Y una voz apagada, suave, musitó su nombre:

-Dorian... Soy yo.

*** * ***

Se volvió.

Se volvió, con la sangre congelada en sus venas, sintiendo un escalofrío que agitaba todo su cuerpo en un repentino acceso de terror difícil de controlar. Esperaba cualquier cosa, tras aquel contacto estremecedor en su nuca, tras oír aquella voz pronunciando su nombre casi dulcemente...

Cualquier cosa, menos lo que le fue permitido ver en ese momento.

-Oh, Dios, no -susurró-. ¡No es posible!

Y la voz le respondió con igual dulzura:

-Claro que es posible, amigo mío. ¿No lo ves?

Ante él, sonriente, risueña, estaba la rubia, suave belleza nórdica de Velda Vinder.

Como si nunca hubiera estado muerta, sin rastro de vida en aquella cápsula de materia cristalina. Como si él no hubiera visto signos de purulencias y descomposición en su cadáver.

Era ella. Ella misma. Hermosa, llena de vida, dulce y suave como siempre había sido, contemplándole con aquellos grandes ojos azules que la muerte había tenido que cerrar para siempre.

Y eso no era todo. Velda era quien le había rozado con su mano y llamado por su nombre. Pero allá, caminando junto a las plantas del invernadero, hacia ellos, se movía con total naturalidad Morgana Rand, erguida en todo el esplendor de su morena belleza, sensual en sus cimbreos de caderas, en la vibración de sus fuertes senos, en la sonrisa de sus gruesos labios.

Las dos mujeres... ¡vivas! Como si nada hubiera ocurrido. Como si todo hubiese sido un sueño, y éste el increíble despertar.

-No puedo creerlo -musitó-. Yo os vi... Estabais... estabais muertas las dos, Velda...

La rubia sonrió, moviendo negativamente la cabeza.

-Bien ves que no, Dorian -replicó-. Ni Morgana ni yo podemos estar muertas si estamos aquí contigo. Y los demás tampoco.

-¿Los... demás? ¿Dónde están? -jadeó Dorian, lívido.

-Allá -señaló los invernaderos-. Vendrán enseguida. ¿Por qué estás tan sobrecogido, tan extraño, querido Dorian? Somos tus compañeros de viaje, tus camaradas.

-Lo sé sobradamente -gimió el joven, sintiendo correr el frío sudor por su rostro repentinamente crispado-. Pero esto no tiene sentido, Velda. No tiene ningún sentido. Sencillamente, eso no puede estar ocurriendo.

-Pero ocurre.

-Sí, maldita sea. Ocurre. ¿Por qué? ¿Cómo? Responde a eso, Velda. ¿Cómo volvisteis a la vida, por qué abandonasteis vuestras cápsulas sin haceros notar, qué estáis haciendo aquí ahora, por qué el circuito cerrado de televisión se averió en esta zona cuando llegasteis vosotros a ella, ocultándoos de mí como si fuerais culpables de algo? Cuando tenga una respuesta satisfactoria a todo eso, podré creer lo que estoy viendo, admitiré que sois realmente vosotros y no una visión infernal lo que se presenta ante mí, Velda.

La rubia sonrió tristemente y cambió una mirada con Morgana. Daba la impresión de que estuvieran tratando de razonar con un niño o un subnormal.

-Estás muy alterado, Dorian -apuntó la inconfundible voz profunda de Morgana, aterciopelada y sensual-. Será mejor que vengas con nosotros y luego todo quedará aclarado.

-¿Ir? ¿Adónde? -preguntó Dorian, excitado-. ¿Al infierno? ¿A la oscuridad de la muerte quizá? ¿Pensáis llevarme acaso con vosotros a la eternidad?

Velda rió suavemente. Morgana soltó una carcajada.

-Evidentemente, Dorian, no sabes lo que dices -comentó Velda, irónica-. ¿Tanto te asusta nuestra presencia? Es un poco decepcionante para nosotras dos. Llegamos a pensar que te gustaríamos una u otra durante el viaje. Y como va a ser tan largo... Lo que nunca imaginé es que pudiera causarte miedo.

-Yo tampoco, Velda -gimió Dorian-. Pero os dije lo que pienso, lo que necesito saber imperiosamente ahora mismo. Yo os vi muertas, digáis lo que digáis. La computadora confirmó el diagnóstico.

-Las máquinas se equivocan también -sonrió Morgana, burlona.

-¡Os vi huellas de descomposición, llagas de corrupción en vuestras bonitas caras! -clamó Dorian Kerr, frenético.

-¿En nuestras caras? -Velda se acercó a él, quedó bajo uno de los proyectores verticales de luz dorada, que iluminó su pálida y sedosa piel intensamente, arrancando fulgores de oro puro a su cabello-. Mírala. Contémplame de cerca, toca mi piel si quieres. ¿Es éste el rostro de una persona corrompida? ¿Ves acaso alguna imperfección en mi semblante o en el de Morgana?

Evitó tocarla, casi aterrado. Pero examinó aun contra su voluntad aquella epidermis suave, aterciopelada. No, no había rastro alguno de podredumbre allí. Nada que denotase muerte o composición. Ni la menor huella de necrosis.

Y sin embargo... Sin embargo, pensó, aquello seguía sin tener sentido.

-No puede ser -jadeó-. Algo ha ocurrido a bordo. No sé si un milagro o un horror que escapa a mi entendimiento. Tal vez hemos llegado a regiones donde lo racional deja de serlo y donde la vida y la muerte se confunden.

-Nuestro letargo se terminó, eso es todo -sonrió Velda apoyando sus manos marfileñas en el brazo de Dorian, que no pudo evitar un escalofrío al sentir ese contacto-. Estamos llenos de vida todos, y dispuestos a viajar juntos en esta nave hasta donde nos sea posible. ¿No es ése el Proyecto Olimpus, Dorian? ¿No estamos aquí para cumplir la misión de llegar a las estrellas, lo más lejos posible, y fundar una colonia terrestre en lo más remoto del espacio?

-Sí, Velda, eso es cierto. Pero sigo sin entender nada... y tengo miedo.

-¿Miedo de nosotras? -suspiró Morgana con aire entristecido, apoyando también su mano color caoba en el hombro de Dorian-. Querido amigo, eso es lo menos galante que jamás nos dijo un compañero...

-Perdonad -murmuró el joven, desorientado, confuso como nunca antes llegara a estarlo-. No sé qué me ocurre, no entiendo nada de nada... Quizá todo esto sea un sueño y, al despertar, me encuentre de nuevo solo en la nave. Sería tan hermoso imaginar que, realmente, nada ha sucedido, que seremos los siete los que sigamos a bordo de este navío cósmico, unidos en la gran aventura, para bien o para mal...

-Y eso es lo que va a ocurrir, cariño -musitó Velda-. Eres el más atractivo y joven de todos nuestros compañeros. Morgana y yo vamos a luchar duro durante todo este tiempo para tratar de seducirte. Tendrás que elegir a una de las dos... o resignarnos a tenerte que compartir ambas.

Las miró, alucinado todavía. En circunstancias normales, eso hubiera sido halagador. Sentirse amado por dos mujeres, deseado por Velda y por Morgana, dos hembras de tan diferente y seductora condición... Pero ahora, todo eso le resultaba tan escalofriante, tan estremecedor como todo lo que estaba viviendo durante los últimos minutos.

-¿Dónde... dónde están los demás? -insistió-. Me gustaría hablar con el comandante...

-Ahí vienen -dijo Morgana, señalando a los invernaderos-. Ya los tenemos aquí a los cuatro...

Era cierto. Diabólicamente cierto. Dorian, fascinado, identificó las siluetas de sus cuatro camaradas, moviéndose entre los helechos y las flores, a veces nítidamente dibujados por las luces verticales, y otras borrosamente confundidos con las sombras de las zonas oscuras. No había error posible. Podía reconocer la alta figura atlética de Lee Starks, comandante del *Nébula-7*. La de Kurt Faldon, bajo y rechoncho, la delgada y escurridiza silueta de Ingram Bows, la vigorosa y fuerte de Lem Kasdar...

Eran ellos, sin duda alguna. Ellos que, como las dos mujeres, volvían de la tumba del espacio, como si nada hubiera ocurrido. Incluso le llegó la voz jovial y autoritaria del capitán Starks, saludándole cordialmente:

-Hola, Kerr, por todos los diablos. Estaba deseando verle. ¿Qué ocurre a bordo, para que no nos hayamos entrevistado todavía?

Fue eso lo que más le irritó y sublevó. Aquella apariencia absurda de normalidad, cuando nada podía ser normal, cuando eran ellos y no él quienes faltaban a las normas de un mínimo comportamiento lógico, incluso

admitiendo que estuvieran vivos y todo lo anterior hubiera sido una inexplicable cadena de errores y de impresiones falsas.

Dorian salió de su marasmo, estuvo más seguro que nunca de que todo aquello no era normal, resultaba tremendamente falso, exageradamente rutinario y correcto...

Ellos estaban muertos. ¡Muertos! Podía jurarlo. Y los muertos no hablan así, no sonríen, no se mueven, no actúan como seres vivos... No hacen nada. Los muertos sólo son eso: carne en descomposición, carne inerte, nada.

-¡Basta! -rugió Dorian, airado, revolviéndose contra aquellos seres, ya fuesen humanos, simples espectros o demonios-. ¡No soporto más! ¡Todo esto es una gran mentira, una infame farsa! ¡Estáis muertos, todos muertos! ¡Sois cadáveres, espectros, zombis o almas en pena, no sé, pero no pertenecéis ya al mundo, a la vida, a nada real ni tangible, por mucho que pretendáis engañaros o engañarme! ¡No, no pienso caer en vuestra oscura trampa, en vuestra siniestra trama para aprehenderme en ella como una araña a la mosca indefensa! ¡Lucharé contra vosotros, os destruiré si es preciso, de una vez por todas, pero jamás creeré vuestras mentiras!

Velda y Morgana le escuchaban, extrañamente silenciosas, inexpresivas, con su sonrisa casi insultante, burlona, escéptica. Los otros cuatro seguían acercándose a él lenta, pausadamente. Como fantasmas surgidos de las tinieblas de la muerte.

-Estás loco, Dorian -le dijo fríamente Velda, moviendo la cabeza y agitando así sus sedosos cabellos dorados blandamente-. Totalmente loco, no sabes lo que dices. Ven con nosotros, comprobarás que todo eso es falso, absurdo, que no tiene sentido nada de cuanto dices...

Le puso las manos en los hombros, trató de atraerle hacia ella, clavando en él una mirada patética, profunda, tierna y envolvente, capaz de derretir una piedra o la más dura costra de hielo.

Dorian estuvo a punto de ceder durante una fracción de segundo. Luego, reaccionó. Logró salir de su hechizo maléfico, aunque dificultosamente.

-¡No! -aulló, exasperado-. ¡Aparta de mí!

Y dio un golpe violento, un manotazo brusco, tratando de apartar definitivamente a la cautivadora rubia de sí. Lo hizo con demasiado ímpetu tal vez, y eso incluso logró sorprender a su bella interlocutora.

Lo cierto es que su mano, con violencia, golpeó la mejilla de Velda Vinder. Fue un seco, áspero bofetón. Y ocurrió algo espantoso.

Velda se echó atrás. Pero ya era tarde. Algo en su rostro, parecido a una simple cáscara de huevo o una superficie de vidrio, se había quebrado con chasquido sordo.

Su cara se rompió. Fue eso exactamente lo que ocurrió, ante los ojos desorbitados y llenos de horror de Dorian Kerr.

La cara de Velda se abrió, agrietándose, se hizo pedazos una parte de ella, y se desprendió en fragmentos, revelando un horrendo, escalofriante interior tras el bello rostro femenino...

Un alarido de supremo espanto fluyó de los convulsos labios de Dorian.

Librodot

CAPÍTULO IV

-Velda... No, no... -jadeó-. Eso no... Es peor aún que cualquier mentira, Dios mío.

Ella estaba emitiendo ahora un sonido que no eran palabras ni resultaba humano. Su boca, parcialmente, estaba rota también. Parte de sus labios, como si aquella cabeza estuviera construida en escayola pura, se habían desprendido, junto con un trozo de mejilla, de nariz y de pómulo, dejando en su lugar un atroz boquete negro, profundo, hueco, del que fluía una materia verdosa, blanda, viscosa, como gelatina de un fruto repugnante. Un hedor a putrefacción, a suprema podredumbre, emergía por aquel hueco diabólico, mientras una especie de jadeo, de estertor, de babeante susurro, escapada por la incompleta boca de la bella muchacha.

También Morgana había cambiado ahora. Su moreno rostro de belleza negra reflejaba una transformación repulsiva, un odio atroz e infinito en sus ojos dilatados, vidriosos, mientras sus gruesos labios modulaban obscenas palabras dirigidas a Dorian:

-Cerdo, bastardo... Hijo de perra miserable... Mira qué hiciste..., mira lo que has osado hacer a uno de nosotros... ¡Sólo por eso mereces hundirte en la podredumbre, en el fango eterno de la muerte pestilente...!

Se movía hacia él. Amenazadora, maligna. También los cuatro hombres, ahora silenciosos, fríos, implacables. La propia Velda, con su repulsiva cara incompleta, destilando purulencias verdosas y malolientes, se movía hacia él, alargaba sus manos, que le parecieron repentinamente lívidas, engarfiadas y perversas...

Dorian comprendió que era una situación desesperada. Ignoraba el mal, la clase de daño que aquellos seres de ultratumba podían causarle, pero supo con plena certeza que no podía ser nada bueno, que aquel horror era la amenaza más espantosa y delirante que se podía imaginar, algo que estaba más allá de lo físico, más allá de lo humano, aunque no entendiera bien qué podía ello ser exactamente.

Por eso, en vez de luchar, se lanzó a la carrera hacia la salida de la granja hidropónica, escapó sin sentirse avergonzado por ello, temeroso incluso de más leve contacto físico con aquellas criaturas que debían de estar muertas y que, sin embargo, parecían gozar de una nueva vida tan espantosa como la propia circunstancia de su retorno de entre los muertos.

Logró eludir la lentitud de la rubia mujer, y correr velozmente en dirección a las amplias vidrieras que daban acceso al exterior del recinto destinado al cultivo de vegetales de todo tipo a bordo del *Nébula-7*. Tras de él, supo que los cadáveres vivientes se movían ya, intentando cortarle el paso, darle alcance como fuese.

Se volvió, ya en la puerta, mientras accionaba con una mano el resorte de salida. Se estremeció, aterrado, al descubrir que su temible enemigo estaba más cerca de lo que imaginó. Lee Starks y Kurt Faldon habían logrado moverse hábilmente, cerrándole en parte el paso, y estaban a escasa

distancia de él, mirándole con una helada expresión en la que Dorian no captó calor ni amistad alguna, sino todo lo contrario: algo helado e indefinible que causaba escalofríos.

Rápido, dirigió su pistola láser en esa dirección y avisó roncamente:

-¡Quietos ahí o disparo sobre vosotros, aunque no quiero hacerlo!

No le hicieron caso. El comandante de a bordo y el químico Faldon se movieron unos pasos más en dirección a él, mientras las puertas de la granja comenzaban a deslizarse silenciosamente. Dorian no vaciló lo más mínimo.

Disparó.

Su pistola vomitó un centelleante rayo azul, de cegadora brillantez, que hendió el aire como una línea incandescente, y fue a estrellarse a pies de sus extraños camaradas. Un alud de chispas se levantó del suelo, entre sibilantes estallidos de pavimento desintegrado. Una bocanada de fuego azul envolvió a los dos hombres, que retrocedieron, instintivamente, alzando sus brazos en gesto de autoprotección.

-¡Lo siento, pude haberos destruido pero no tuve valor para ello! -clamó Dorian, saltando fuera del recinto vegetal, y conectando de nuevo el sistema de disparo de su arma.

Pero aquella advertencia parecía haber sido suficiente, al menos de momento, para Starks y Faldon. Estaban inmóviles, como sorprendidos por el impacto ante sus pies, que había abierto un negro y humeante boquete en el pavimento de la granja. Era extraño que ellos, que usaban habitualmente las mismas armas que él, se sorprendieran de la acción de una carga láser. Pero estaba demasiado alarmado para preocuparse de eso, y sólo pensó en correr pasillo adelante, huyendo del pabellón destinado a la flora acuática y terrestre, sin pérdida de tiempo alguno.

Estaba seguro de que, pese a todo, ellos iban a seguirle. Y eso le producía un miedo indefinible y angustioso. Giró la cabeza cuando ya alcanzaba el final del corredor y abría la puerta de uno de los ascensores de la nave. Sintió un escalofrío. Velda, Morgana y los cuatro hombres estaban ante la puerta cerrada, accionando el sistema de apertura.

Iban a seguirle.

La seguridad de que sus compañeros no cejaban en darle alcance, le causó auténtico terror ahora. Estaba solo con ellos en la nave. Solo frente a seis personas que, clínicamente, habían muerto sin lugar a dudas. Personas que parecían normales, como si nada hubiera ocurrido, como si la muerte no existiera, que se comportaban normalmente, y que, sin embargo, apenas golpeadas, se deshacían, se rompían, como si en vez de piel, carne y huesos, estuvieran hechas ahora de arcilla seca o de yeso moldeado Su caparazón era quebradizo y frágil como un vidrio. Y debajo...

Debajo, recordó con horror, había solamente putrefacción, corrupción maloliente y viscosa...

-Dios mío, no entiendo lo que está sucediendo aquí, pero eso no tiene sentido -gimió, mientras las puertas del ascensor se cerraban al entrar él, y la cabina salía disparada a gran velocidad, abandonando el Nivel Cero para regresar al Cuarto, donde estaba la sala de computadoras, la cámara de hibernación y el puente de mando de la *Nébula-7*.

Estaba convencido de que ellos le seguirían también ahora, quizá a

bordo de otro ascensor, y que no parecían tener prisa especial por alcanzarle. Después de todo, quizá pensaban que el tiempo no tenía demasiada importancia, que estaban solos con él en la nave y que, tarde o temprano, llegarían hasta Dorian Kerr de modo inexorable y fatal.

La idea le estremeció. Al abandonar el ascensor en el Nivel Cuatro, se le ocurrió una idea. Abrió el panel de ascensores y desconectó las cinco cabinas de que disponía la nave. Luego, arrancó unas conexiones. Eso impediría que ellos tomasen un ascensor para subir en busca suya. Pero no podía impedir en modo alguno que utilizasen las rampas de comunicación entre los distintos niveles, caminando por su propio pie... o penetrando por los conductos del aire acondicionado y de la climatización, como quizá hicieron para abandonar por su propio pie la cámara de hibernación cuando les creía muertos.

Un sudor frío penó su frente. Cuando llegó a la cámara de computadoras, cerró la puerta de entrada y la desconectó desde el interior. Ahora, era imposible que nadie llegase allí por ese acceso.

Pero estaban las tuberías. Eran amplias y los paneles enrejados sólo se adherían magnéticamente a todas sus salidas. Nada más fácil que usarlas cómo dédalo de caminos. Ya lo habían hecho una vez.

Miró en derredor. La sala de computadoras tenía tres de esas aberturas, con su reja metálica. Por cualquiera de ellas podían llegar sus «camaradas». Esa sola idea era capaz de aterrorizarle. Sabía bien cuándo se enfrentaba a algo que no comprendía ni podía combatir. Ésta era una de esas ocasiones, quizá la peor que una mente humana pudo jamás imaginar.

Mientras conectaba todas las pantallas de nuevo, para seguir los movimientos de sus adversarios a través del sistema de monitores de a bordo, estudió alguna solución para aquellas rejas. Y creyó encontrarla.

Rápidamente tomó cable eléctrico de un armario de material, y trabajó activamente en él. Una pantalla le reveló la presencia de los seis, caminando lenta y mecánicamente, sin cruzar palabra entre ellos, por el largo corredor que conducía a las rampas de subida. Parecían saber muy bien lo que se hacían. Habían notado la desconexión de los ascensores y emprendían la marcha por uno de los caminos de que disponían.

Aplicó las conexiones a los sistemas de alimentación eléctrica y luego llevó los cables hasta los paneles enrejados que cerraban las tuberías del aire interior de la nave. Se apartó, satisfecho, y arrojó contra cada una de esas rejillas un objeto. El destello de luz chisporroteante se produjo en todos los casos.

La alta tensión circulaba hasta esos paneles. Si alguien tocaba uno de ellos, quedaría de inmediato electrocutado. Eso le tranquilizó un poco. Por ese camino, ellos no podrían llegar hasta él. Ahora sí estaba totalmente aislado en la cámara de computadoras. Disponía de la máquina de autoservicio de alimentación y de la cabina de material de recambio. Era como una pequeña fortaleza donde poder resistir, en caso de emergencia, durante muchísimo tiempo. Desde allí lo controlaba todo, y no podía ser controlado.

Pero un suceso imprevisto le redujo bastante la moral recién adquirida. Dirigió una ojeada a las pantallas. Descubrió que todas, excepto la que le reflejaba a sí mismo, estaban ahora oscurecidas, sin imagen.

-¿Qué diablos ocurre ahí fuera? -masculló-. Los monitores no pueden haberse averiado al mismo tiempo...

Trató en vano de conectarlos para seguir la ruta de Velda y los demás. No apareció imagen alguna en pantalla. Sólo líneas. Rápido, pulsó el teclado de la computadora central pidiendo información. Enola Gay la dio de inmediato. Y no era nada alentadora para él:

DESCONECTADOS TODOS LOS MONITORES POR CORTE DEL CABLE CENTRAL.

¡El cable central! De nuevo notó su frente humedecida por un sudor glacial. Eso demostraba que ellos eran muy astutos. Y que el peligro aumentaba por momentos.

Habían logrado cortar el cable que enlazaba con todos los diversos monitores a través de la nave, dejando aislada totalmente la cámara de computadoras del resto de la *Nébula-7*. Ahora le sería imposible seguir la pista a sus compañeros de viaje, saber dónde estaban. Los ojos electrónicos del circuito cerrado de televisión ya no funcionaban, tras la interrupción de la línea.

-Esos malditos... -jadeó, dejándose caer en el asiento situado frente a la computadora central-. Actúan con toda maldad e inteligencia. Dios mío, pero ¿qué les ha ocurrido, para convertirse de repente un puñado de buenos amigos en unos monstruos repugnantes? Tal vez sea una enfermedad espacial, algo que les hizo parecer muertos y les convirtió en seres distintos... Pero esa podredumbre que asomaba por la cara rota de Velda... ¿Qué clase de seres son ahora todos ellos? ¿Qué hay de los auténticos en esas horrendas caricaturas humanas?

Desolado, se llevó las manos a la cabeza. Y entonces lo vio.

Su piel. Justo en sus dedos de la mano izquierda. Recordó. Eran los dedos que habían abofeteado a Velda, los que rompieron el caparazón de su rostro como si fuese de barro seco.

Algo se había adherido a los dedos índice y corazón. Aquello era extraño, repulsivo. Una especie de caparazón verdoso, adherido a su epidermis, cubría las yemas de ambos dedos. Recordaba unos moluscos prendidos al casco de un viejo barco o a unas rocas marinas. Trató de arrancarlos y no le fue posible. Notaba una extraña frialdad en aquellos dedos, allí donde la misteriosa materia, de duro contacto, cubría la piel.

Tras varios intentos, llevó sus dedos a la llama de un encendedor. Se quemó ligeramente pero la materia no se alteró ni se quemó. Empezó a asustarse. Antes no había notado aquella «cosa». Tal vez no estaba allí. Y si estaba no era visible.

Eso sugería una idea espeluznante. ¿Era algo que crecía? ¿Se desarrollaba acaso, al contacto con la piel humana?

-No... No me gustaría empezar a verme invadido por... por esta repugnante costra maldita -masculló, irritado, mirando con odio aquella materia endurecida, de un verde lívido, que recordaba exactamente el de la materia purulenta que escapaba por el roto facial de Velda Vinder.

Rápidamente, tomó una decisión tajante. Desenvainó su fino cuchillo eléctrico, un estilete con carga electromagnética en su empuñadura, que convertía la delgada y aguda hoja en una especie de bisturí eléctrico de gran potencia y efectividad. Reguló previamente la intensidad del fluido sobre su hoja, y luego, resuelto, cortó sobre sus dedos, apretando labios y dientes con fiereza.

Brotó la sangre, cayendo sobre un recipiente que situara al afecto. Segó piel y carne, en las yemas de ambos dedos. También ello cayó al mismo recipiente, chorreando sangre. Lo miró, impávido, y luego reguló de nuevo la carga eléctrica del cuchillo, aplicando éste a los dos cortes profundos. Humeó la carne chamuscada, y la hoja candente cauterizó las heridas de forma dolorosa. Tras esa decidida acción, con el sudor corriendo por su rostro de forma copiosa, a causa del dolor, Dorian Kerr situó el recipiente con su contenido bajo el proyector espectrográfico de la bioanalizadora del computador, especie de prodigioso laboratorio consistente tan sólo en ese mecanismo. Desde allí, de forma automática, afluyó al cuerpo de Enola Gay toda la información bioquímica de la materia analizada, y su cerebro electrónico comenzó a funcionar, en un análisis complejo y total.

Cuando la pantalla de análisis de la computadora comenzó a mostrar señales de febril actividad, Dorian tomó el recipiente con los fragmentos de sus dos dedos y la sangre derramada, y todo ello lo introdujo en el triturador de residuos. Convertido todo ello en simples átomos, se volatilizó allá en el espacio exterior, vomitado por los expulsores de basuras. No quería tener ni un instante más, dentro de la nave, aquella materia desconocida que, tras estar adherida a su propia piel, le causaba una repugnancia y un desasosiego realmente grandes.

Esperó pacientemente a que la computadora terminara el análisis de la materia sometida a su examen electrónico. Cuando ello sucedió, la pantalla se iluminó en color verde, y comenzaron a surgir los datos en caracteres rojo brillantes dando cuenta del resultado final.

Dorian pasó por alto los fríos y matemáticos datos científicos, para concentrar su mirada en el resumen final del análisis.

No le gustó. Lanzó una imprecación de horror, y se precipitó sobre la máquina, para comprobar mejor la lectura de la pantalla, con su escalofriante información.

Aquellas palabras parecieron grabarse a fuego en sus retinas, en su propio cerebro, y no porque estuvieron impresas precisamente en vivo tono rojo.

Las releyó, todavía sin dar crédito a lo que veía:

MATERIA ANALIZADA DE NATURALEZA ORGÁNICA DESCONOCIDA. NO ES HUMANA, PERO POSEE VIDA PROPIA DE IGNORADA NATURALEZA. AUNQUE FALTA ALGUNA INFORMACIÓN MÁS, PARECEN CORPÚSCULOS DE CÉLULAS MUTANTES VIVAS Y CON TODA SEGURIDAD INTELIGENTES.

Inteligentes. Vivas. Mutantes.

Células vivas, dotadas de inteligencia y capacidad de mutación. Eso eran aquellos horribles corpúsculos adheridos como crustáceos a su piel, igual que desconocidos y horripilantes parásitos…

Algo que, además de todo eso, no era humano. Y procedía de Velda. Lo llevaba ella dentro de sí… Comenzaba a entender todo aquel espantoso caos,

y la teoría que su mente edificaba distaba mucho de ser alentadora ni reconfortante para él.

En el momento en que estaba empezando a darse cuenta de la aterradora realidad, sucedió algo imprevisto a bordo.

Una repentina, violenta sacudida, conmovió toda la nave. Dorian se vio lanzado con fuerza contra el muro, y una de las computadoras despidió un chisporroteo súbito.

Al mismo tiempo, las pantallas se encendieron en rojo, parpadeando con rapidez, y mostrando un aviso apremiante en todas ellas:

ALERTA ROJA. MÁXIMA EMERGENCIA.

Librodot

CAPÍTULO V

Tras dos nuevos zarandeos gigantescos, que hicieron ir rebotando a Dorian de pared a pared, como una pelota, la nave se estabilizó, sin que el guiño rojo de máxima alerta dejase de mostrarse en las pantallas.

Tambaleante, Dorian se precipitó sobre la máquina central y pidió información. La pantalla se la dio de inmediato:

CHOQUE DIRECTO CON CUERPO CELESTE. FALLARON LOS SISTEMAS DE PROTECCIÓN POR CAUSA DESCONOCIDA. ABIERTA PROFUNDA GRIETA EN SECTOR DG-102 DE LA NAVE. PÉRDIDA DE ENERGÍA Y ESCAPE DE AIRE RESPIRABLE. LOS SISTEMAS AUTOMÁTICOS DE REPARACIÓN FUNCIONAN.

Dorian, angustiado, pidió nueva información, con una sola pregunta:

-¿Qué ha producido ese choque?

-¿Qué clase de cuerpo celeste es el del impacto sobre la nave?

La máquina trabajó a través de sus millones de células fotoeléctricas de alta sensibilidad instaladas a lo largo y ancho de toda la nave e incluso en su fuselaje externo. Y dio la información requerida:

CHOQUE PRODUCIDO CON UN OBJETO QUE PARECE SER UNA NAVE ESPACIAL DE PEQUEÑAS DIMENSIONES. LA NAVE PERMANECE ADHERIDA AL CASCO DE *NÉBULA-7* TRAS EL IMPACTO.

Dorian pestañeó. ¡Una nave espacial en aquellas regiones del Cosmos, a miles y miles de millones de millas de distancia del Sistema Solar!

-¿Qué clase de nave puede ser? -se preguntó en voz alta-. ¿Estará tripulada?

No sabía si Enola Gay podría responder a eso, pero al menos lo intentó, pidiendo datos al respecto. La máquina cumplió bien su cometido.

SE DETECTA VIDA DENTRO DE LA NAVE IMPACTADA. POR LOS DATOS RECIBIDOS, PUEDE SER VIDA HUMANA.

-¡Vida humana! ¡Oh, cielos, no es posible! -jadeó Dorian, esperanzado y angustiado a la vez.

Después de la horrible experiencia con sus propios camaradas, que aún deambulaban por la nave, como espectros, dominados acaso por aquella materia orgánica llegada de no sabia dónde, y que poseía vida e inteligencia no humanas, ¿podía esperar ahora algo bueno de una presencia humana cerca de él, en tan remotos confines cósmicos? ¿Qué clase de seres serían los que se pudieran alojar dentro de aquella misteriosa nave?

Mientras las pantallas no cesaban de parpadear su apremiante aviso, que automáticamente ponía en funcionamiento los sistemas automáticos de regeneración situados a bordo de la nave, Dorian Kerr mediaba sobre su actitud ante aquella circunstancia realmente imprevista. Estaba preparado para todo, menos para contactar con un hipotético vehículo sideral a bordo de cual pudiese haber vida humana a tan enorme distancia del planeta Tierra.

También le preocupaba el hecho de que los sistemas de protección externa, que impedían a la *Nébula-7* chocar con cualquier cuerpo, pudieran haber fallado tan estrepitosamente. Eso no era normal. La inquietante idea de que los muertos resucitados pudieran tener algo que ver en ello, le rondó por la cabeza. Tal vez sabían lo suficiente como para manipular las instalaciones y provocar desconexiones a bordo que pudieran facilitar una catástrofe. Lee Starks, como comandante astronauta, y Lem Kasdar como experto en sistemas de navegación espacial, sabían perfectamente hacer algo así, pero ¿eran ahora realmente ellos mismos, o una burda y horrenda copia de los auténticos camaradas que emprendieron con él aquel largo viaje a las estrellas?

Las pantallas comenzaron a hacer más lento su parpadeo. Eso significaba que la situación más grave comenzaba a pasar. Los sistemas de reparación funcionaban, evidentemente, por fortuna para el destino de la nave y de sí mismo.

-Tengo que explorar esa otra nave -se dijo Dorian, hablando consigo mismo, como ya estaba habituándose a hacer últimamente, dada su soledad a bordo, que por un fugaz y hermoso momento en la granja hidropónica, había llegado a pensar que había terminado.

Y decidido a todo, se ajustó su traje espacial y su casco protector para enfrentarse a la atmósfera externa, más allá de los límites protectores de la nave.

Ello significaba correr un riesgo, y lo sabía. Tendría que salir de la cámara de computadoras, enfrentarse al peligro que representaban ahora sus seis compañeros de viaje, deambulando aún por el interior de la *Nébula-7*, y en lugar desconocido para él.

A estas horas, ellos tenían que saber del choque, tal vez se habían dirigido al punto de impacto. Si había alguien con vida a bordo, debía de averiguarlo. Y, a ser posible, si no era hostil, impedir que los seres que se movían ahora por la gran nave pudieron causarle un daño irreparable.

Desconectó uno de los tubos de ventilación y acondicionamiento de atmósfera, quitándole el cable conductor de electricidad. Luego, se introdujo por él, tras aplicar de nuevo la rejilla, confiando en que no fuese precisamente aquél, de los tres posibles, el primero que intentaran utilizar sus actuales adversarios, si pretendían introducirse en la cámara de computadoras para dominar totalmente la nave, como temía que era su propósito.

Avanzó agazapado por el grueso tubo que, como un angosto pasadizo, le condujo al exterior, a una desierta zona de la nave, que escrutó atentamente en todas direcciones, arma en mano, antes de moverse hacia los accesos al fuselaje exterior, en el sector mencionado por la computadora, que era el DG-102.

En su cauteloso camino por interminables y desiertos pasillos de cruda luz aséptica, no encontró a nadie. Corría cuanto le era posible, sobre su calzado suave, esponjoso, incapaz de producir ruido sobre el blanco pavimento, y pronto alcanzó las proximidades del punto de impacto. Allí, varias luces de emergencia parpadeaban con rapidez, avisando de la zona de peligro. Dorian, protegido por su escafandra plástica, dentro de la cual

respiraba el aire condensado que llevaba en su atavío espacial, avanzó resueltamente.

Se vio ante el punto exacto de impacto. Las máquinas reparadoras actuaban con mecánica precisión taponando huecos y aplicando material al boquete producido por el choque. Más allá, a través de un hueco aún considerable, en el desgarrado fuselaje de la nave, se veía el negro infinito salpicado de estrellas y nebulosas. Unos indicadores luminosos avisaban que allí no existía aire respirable, ni presión ni gravedad. Pero la indumentaria de Dorian podía afrontar todo eso sin riesgo. Su calzado llevaba un sistema magnético para mantenerle sujeto al suelo metálico, y la presión y el aire precisos ya los facilitaba su equipo espacial.

Salió por el boquete al exterior. Caminó por el casco de la gran nave como si fuese un insecto. Ante la grandiosidad del Cosmos, siempre le sobrecogía su propia e insignificante pequeñez. Se movió hacia la otra nave, contemplándola atentamente, sin soltar en ningún momento su pistola láser, adaptada ahora mediante un simple giro de resorte a una posible acción en pleno vacío.

Era una nave peculiar aquella. De color negro, y forma oval, se adhería a la súper-nave terrestre por simple principio de gravitación. Reducida de tamaño, no parecía factible que pudiesen viajar dentro de ella más de dos o tres personas. Sobre la misma había unos signos extraños grabados, que recordaban vagamente los antiguos caracteres persas de escritura, en una pintura o barniz de tonalidad dorada, vagamente luminosa. Dorian no comprendió lo que quería decir, pero esos signos le revelaron algo, cuando menos: aquella escritura le era por completo desconocida. Por tanto, aunque pareciese fantástico, la nave no era terrestre. Aunque hubiese vida humana dentro, no procedía de su mismo planeta. Era, tal vez, el primer indicio en la historia de la Humanidad, que daba a entender la existencia de vida humana fuera del planeta Tierra. Eso, si la mente electrónica de Enola Gay estaba en lo cierto en sus deducciones.

Tocó la capa externa de la nave con sus manos enguantadas. Aquel metal parecía liviano pero muy resistente. El impacto no había causado siquiera la más leve abolladura en el mismo, mientras la *Nébula-7*, pese a ser inmensamente mayor, sufría serios desperfectos. Buscó una posible abertura. Aparentemente, aquella nave no poseía ventanas o visores al exterior de ningún tipo. Posiblemente sólo veían lo de fuera gracias a un sistema de televisión, imaginó Dorian.

Comenzó a tantear, en busca de alguna escotilla o resorte para abrirla. La superficie del extraño huevo volador, parecía tan tersa como si fuese un objeto vacío por dentro, al que no había motivo para entrar ni del que nadie tenía por qué salir. Pero Dorian sabía que eso no era así. Estaba seguro de que, en alguna parte, existía esa entrada.

Golpeó con su pistola repetidas veces en el casco de la pequeña nave. Eran golpes espaciados, como una señal. Si era escuchada, como imaginaba, sabrían dentro de aquel extraño vehículo que nadie pretendía hacerles daño.

Esperó un tiempo sin recibir respuesta. En la soledad inmensa del vacío, sus golpes no producían ruido. Era como si todo fuese sordo y mudo. El sonido no se propagaba. Incluso el que producían los sistemas de

reparación de su nave, era allí fuera totalmente inaudible. Pero las vibraciones de esos golpes sí tenían que ser perceptibles dentro de la nave.

Respiró profundamente, dirigiendo una ojeada en derredor suyo. Allá, en la remotísima distancia, creyó advertir un cúmulo de pequeños cuerpos celestes, girando en torno a una remota estrella amarillenta. Debían de ser la Tierra y los demás planetas del Sistema Solar, dando vueltas en torno al Sol. Hacía cien años que dejó aquello atrás. La idea le sobrecogió ahora con más intensidad que dentro de la nave. Empezaba a darse cuenta de la magnitud de su aventura, de la grandeza inconmensurable de su viaje a través de los mundos y de los espacios, rumbo a alguna lejana estrella donde morir un día, cumplida la misión de explorar el Universo.

Aunque él no podía ya transmitir información a la Tierra desde aquella enorme distancia en espacio y tiempo que ahora le separaba de allí, sabía que los sistemas de seguimiento de las actuales generaciones terrestres, estarían captando desde la vasta distancia, día a día, el curso de su viaje. Los incidentes externos de aquella travesía sobre los negros mares del vacío. Sabían que había llegado lejos, muy lejos. Pero siempre ignorarían lo que sucedía a bordo de aquella nave, destinada a no volver jamás a su punto de origen.

De repente, se irguió, tenso, rígidos sus miembros. Sus ojos asombrados contemplaron la superficie de la pequeña nave negra y oval.

Se comenzaba a abrir una escotilla en su casco. Un resplandor dorado emergía de su interior. La radiante luz amarilla contrastaba más, junto a la negrura infinita del Cosmos.

Contuvo el aliento. Al fin correspondían a sus señales. Alguien, dentro de la nave, actuaba en respuesta a sus golpes sobre el fuselaje. Comprendió que estaba a punto de enfrentarse con un momento estelar en el transcurso de los siglos y los milenios. El enfrentamiento de un humano con otro, en regiones inexploradas y remotas del Universo. Quizás el encuentro de dos culturas, dos formas de vida, dos razas.

Estaba preparado para todo. Sus ojos fascinados se clavaban en aquella mágica abertura que, como el prodigio dé un cuento de hadas, iba a materializar ante él a una criatura, a un ser hasta entonces jamás visto por un terrestre. Tal vez a un hombre. O quizá un ángel. O un demonio.

No fue nada de eso lo que surgió de la nave, en medio del nimbo de luz amarilla. Dorian Kerr, estupefacto, lanzó una exclamación de asombro que se ahogué dentro de las paredes cóncavas de su escafandra transparente.

El ser viviente ya salía del interior. El resplandor dorado lo dibujó nítidamente contra el negro fondo del espacio estrellado.

No era un demonio. Ni un ángel. Ni siquiera un hombre.

Pero sí era humano.

Sólo que era... una mujer.

*** * ***

Una mujer...

La más hermosa e increíble mujer que viera jamás Dorian en toda su existencia. Como surgida de una leyenda o de un mito increíble, como una

diosa o un hada fantástica e irreal. Y, sin embargo, pese a todo ello, tremendamente humana.

Era alta, espléndida y arrogante. Vestía una indumentaria espacial liviana, que se adhería a su cuerpo turgente y esbelto a la vez. Su escafandra no existía, era más bien una ligera máscara cristalina, adherida a su cabeza como un molde de vidrio. El tejido de su traje cósmico era de un indefinible tono opalescente, un color extraño y ambiguo. En cambio, su cabello era intensamente plateado, como hebras argentíferas desprendiéndose sedosas y lisas desde su bien moldeado cráneo, pequeño y armonioso. La piel era tan blanca que poseía una cierta tonalidad azulada, en contraste con el color dorado oscuro de sus grandes ojos rasgados y fascinantes.

Apenas pisó la superficie convexa de metal negro que formaba el casco de su pequeña nave, dirigió una mirada profunda a Dorian, desde aquellos dos lagos de oro líquido que eran sus pupilas. Luego, inesperadamente, vaciló. Sus labios se movieron bajo la máscara de vidrio. Labios suaves, carnosos, de un rojo tenue, que modularon extrañas e incomprensibles palabras:

-Ulaq an obers dufy end farsaj neid...

Y se le cerraron los ojos, su cuerpo vaciló, y hubiera caído sobre el fuselaje del vehículo espacial, de no mediar rápidamente los brazos de Dorian, sujetándola con fuerza e impidiendo su caída.

Notó escaso peso en sus brazos, a causa de la ausencia de gravedad en el vacío, pero sí advirtió que aquel tejido metálico y flexible del atavío de la desconocida mujer, se adhería a sus manos y brazos como una ventosa completa. Poseía una adherencia magnética especial, que quizá impedía de ese modo que pudiera apartarse de su propia nave, si caía al exterior.

Confuso, indeciso por completo, vaciló Dorian, con ella en brazos, inmóvil bajo la bóveda inmensa de estrellas, sin saber qué hacer. A sus espaldas, las máquinas reparadoras de *Nébula-7* estaban ya finalizando su labor de cierre de los desgarros producidos, y pronto las huellas del impacto se habrían borrado de la superficie de la nave.

Inesperadamente, en el vacío, una voz sonó nítidamente en los oídos de Dorian, penetrando por el sistema de comunicación de su escafandra con toda limpieza:

-Espero que hayamos encontrado una persona amiga en usted. la Emperatriz Shamoa lo necesitaba más aún que yo...

Asombrado, se volvió hacia la escotilla de luz dorada. Una segunda y sorprendente persona estaba surgiendo de las entrañas de aquel vehículo misterioso, llegado de sólo Dios sabía dónde.

Era un hombre. Mucho más alto aún que la joven que yacía en sus brazos ahora, podía decirse que hubiera resultado un gigante en la Tierra. Su estatura, casi rozando los siete pies, se veía realizada por el negro intenso y brillante de su traje espacial, que parecía modelado en azabache metálico y flexible. Otra mascarilla similar de materia cristalina envolvía su cabeza oval, alargada, de calvo cráneo puntiagudo y rostro sin vello ni pelo, ni tan siquiera en las cejas, lo que le daba un aspecto extraño e inquietante. Sus ojos, redondos y fríos como los de un pez, poseían una rara coloración ambarina con reflejos violáceos. Miraban con singular fijeza a Dorian Kerr en estos momentos.

-Dios mío, usted... -comentó el joven astronauta, atónito.

-Sí -afirmó el hombre extraño, hablando con suave modulación, a través de algún sistema vibrátil situado en su máscara cristalina, que permitía difundir el sonido a través del vacío-. He sido yo quien he hablado en su propia lengua, amigo.

CAPÍTULO VI

Dorian no salía de sorpresas en los últimos momentos.

A la aparición increíble de la hermosa mujer del pelo plateado, se unía ahora la presencia de otro ser, éste masculino, que era capaz de hablar en su propio idioma, a cien años de distancia del planeta Tierra, cuando su misteriosa y bellísima compañera lo había hecho en otra lengua completamente desconocida para él.

-Me temo que todo esto no tiene sentido -murmuró, moviendo la cabeza sin salir de su perplejidad.

-Todo tiene sentido en la vida -sonrió pálidamente el extraño-. ¿No nos va a invitar a entrar en su nave?

-Oh, por supuesto -admitió rápidamente Dorian-. Pero... pero le advierto que no todo está en orden ahí dentro. Tengo un grave peligro que afrontar, algo muy difícil de narrarle...

-No tema -dijo el otro con asombrosa calma y seguridad-. Sea lo que sea, no puede ser peor que esto. Nuestra nave sufre una avería interna muy grave. Pierde aire y su sistema de climatización está dañado. El frío empezaba a ser insostenible ahí dentro.

-Creo que mis mecanismos podrán repararlo, si es preciso -ofreció Dorian, tratando de afrontar la increíble situación con la mayor normalidad posible-. Ahora, pasen adentro. Su nave no se desprenderá de la mía, está muy bien adherida.

-Gracias -dijo el desconocido, siguiéndole-. Por ese peligro que existe ahí dentro, nada tema. Creo que podremos afrontarlo sin dificultades.

La seguridad del extraño en ese punto, dejó pasmado a Dorian. Sin responder nada, el joven emprendió la marcha, siempre con la bella dama en sus brazos como dulce y grata carga, regresando al interior de la *Nébula-7* cuando ya se iba a cerrar por completo el desgarro en su fuselaje.

El misterioso ser miró en torno suyo con interés cuando se halló en la gran nave. Se limitó a ponderar con su fría voz:

-Veo que su civilización es muy adelantada. Esta es una excelente nave. Y de grandes proporciones. ¿Su galaxia está muy distante?

-¿Mi galaxia? -repitió Dorian, asombrado-. Me temo que estamos todavía en ella, señor. No creo que haya podido viajar tan lejos. Esta nave es rápida, pero no tanto como para salvar distancia así en sólo cien años.

-¿Cien años? ¿Es lo que lleva viajando aquí? -le miró curioso-. Parece muy joven.

-Lo soy. Sólo que...

-Creo entenderle -sonrió su interlocutor-. Letargo. Suspensión animada, ¿no es eso? Habrá dormido durante muchos años.

-Durante los cien -manifestó Dorian con cierta sequedad.

Siguió adelante, preguntándose con perplejidad cómo sabía aquel individuo de suspensión animada y todo eso. Y por qué habló de «otra galaxia». ¿De dónde procedían ellos?

Iba mirando en torno, cauteloso, temiendo lo peor. Ni siquiera la fantástica e imprevisible presencia de aquellos dos desconocidos en su nave, podía hacerle olvidar la cruda realidad de la existencia de sus antiguos camaradas, ahora convertidos en siniestros zombis, quizá convertidos en una mutación horrible a causa de la materia orgánica introducida misteriosamente en la nave.

-No tema -dijo el extraño, sorprendiéndole de nuevo-. No detecto nada.

-Aun así, no se fíe -dijo, algo molesto- la clase de peligro que arrastramos aquí, no resulta fácil de detectar.

-Para mí, sí. Sé siempre cuándo hay peligro cerca. Por eso le dije que no tema nada. De momento, no lo hay.

La autosuficiencia del desconocido comenzaba a serle particularmente irritante. No le gustaba su forma de aseverar las cosas, su tremenda seguridad en todo. Pero por otro lado tenía que admitir que el tipo era sorprendente en muchas cosas. Sobre todo, en su modo de hablar su lengua y en cuanto parecía saber de los métodos terrestres, pese a ser, sin duda alguna, procedente de un lugar muy distinto.

-Ahora tendremos que utilizar un camino muy poco cómodo -avisó-. Sobre todo, para usted que es tan alto. Es el único que queda accesible. He bloqueado los demás, para evitar que alcancen fácilmente mis enemigos la sala desde donde se controla toda esta nave. Ojalá lleguemos allí y nos encontremos con que ya está invadida.

El otro no dijo nada, limitándose a asentir. Pese a su enorme estatura, se agachó cuando era necesario para utilizar en su marcha la amplia tubería de la renovación de aire y clima. A medida que se acercaban a su punto de destino, Dorian sentía crecer su preocupación. Sin soltar a la inconsciente joven, empuñó con una mano su pistola láser. El desconocido observó la maniobra en silencio. luego, habló al reanudar la marcha:

-No creo que haya peligro en el lugar adonde vamos.

Dorian se limitó a encogerse de hombros, esperando que la sutil intuición de que el otro alarde fuese una realidad. Al llegar ante la rejilla de salida, escudriñó la sala.

No se veía señal alguna de presencia viviente allí. Las pantallas seguían a su ritmo, ofreciendo las muestras del trabajo constante de la computadora central en el control de la nave, el zumbido de los mecanismos era el habitual, y todo aparecía en orden. Quizá el individuo que iba tras él había acertado, después de todo.

Desmontó la rejilla y pasaron al interior. Como suponía, estaba tal y como lo dejara. Las puertas cerradas y bloqueadas, y las otras dos rejillas con sus cables de alta tensión conectados.

-No toquen por nada del mundo esas otras rejillas. Ni ésta cuando hayamos entrado -avisó Dorian.

-Lo sé -afirmó él-. Es alta tensión. Resulta elemental, amigo mío.

Otra vez la molesta perspicacia de aquel hombre, se enfureció Dorian, al escuchar sus palabras. Y lo malo es que volvía a tener razón. Se daba cuenta de todo inmediatamente.

Depositó a la platinada dama sobre un asiento alargado y cómodo, conectó el cable a la rejilla que acababa de encajar, y respiró aliviado, comprobando mediante las terminales que la ruta continuaba normalmente

y que las averías externas habían quedado definitivamente reparadas. Pero los monitores de situación interior seguían en sombras. Era imposible detectar la presencia de sus seis mortales enemigos de ahora en parte alguna de la nave.

-Veamos qué le sucede a esta dama -dijo Dorian, abriendo el botiquín-. No parece sufrir heridas...

-No, no las tiene -convino el otro, despojándose de su máscara cristalina y respirando el aire bien acondicionado de la cámara. Se inclinó y quitó también a su compañera aquella máscara para respirar en el vacío. Sin ella, la belleza de la joven casi era aún más deslumbrante. La examinó en silencio-. Sufre un desvanecimiento causado por shock nervioso y por respirar aire impuro demasiado tiempo. Deme eso, creo que pronto se recuperará.

Tomó de manos de Dorian un pomo de sales y un tonificador autoinyectable. Examinó ambas cosas pensativo. Luego sonrió desmayadamente.

-Medicina elemental -dijo, devolviéndoselo-. ¿Es lo último de su ciencia médica?

-Lo último de hace cien años -dijo Dorian, molesto-. Habrán progresado ahora.

-Sí, es posible. ¿No sabe nada de psico-hipno-medicina?

-Pues... no -negó Dorian, intrigado-. ¿Es curación hipnótica acaso?

-Elementalmente considerado, algo así -asintió el extraño, aplicando sus dedos a las sienes de la yaciente, tras despojarse de sus guantes-. Sólo hacen falta los dedos y la mente.

-Puede ser una variante de la digitopuntura -sonrió Dorian, algo desdeñoso.

-No, no es eso -rechazó el otro, seco-. Eso que usted menciona nunca podría intervenir quirúrgicamente, hacer extracciones o soldar miembros mutilados, pongamos por caso.

-¿Usted puede hacer eso, con dedos y mente tan sólo?

-Sí -sonrió-. No tiene mérito. Es una ciencia que se aprende. Vea.

Le bastó una leve presión de sus dedos en las sienes de ella. La joven suspiró, comenzando a moverse. El gigantesco hombre de negro se incorporó. Las blancas luces de techos y muros se reflejaban en su piel, dando un brillo casi metálico a su cráneo puntiagudo y calvo.

-El shock, la intoxicación y hasta la alteración del ritmo cardíaco, se han reparado -informó-. Así es nuestra medicina.

-¿Dónde? -quiso saber Dorian, algo desafiante los ojos ambarinos y violáceos le miraron con una fijeza casi hipnótica. Pero la respuesta fue suave, aunque la mirada era fría como la de un reptil:

-En mi mundo, naturalmente -dijo-. En nuestro mundo.

-Sí, claro. ¿Viven muy lejos de aquí?

-¿Lejos? -se encogió de hombros-. No, no. Sólo a cien mil años-luz. En la Galaxia Ursus.

Dorian se quedó sobrecogido. Hubiera pensado que se burlaba, si su interlocutor hubiera sido otro. Aquel hombre no mentía ni bromeaba. Cien mil años-luz. Una distancia fabulosa, increíble. Y ellos estaban ahora allí. Y

eran humanos como él. Más aún. Aquel extraño ser, incluso hablaba como él.

-Cielos... -masculló, sin poderse dominar-. Es increíble... ¿Cuánto tardaron en... llegar hasta aquí?

-Poco tiempo. Nuestras naves pueden convertirse en simple energía en proyección, muy por encima de la velocidad de la luz. Es una técnica diferente a la que usted conoce. Se materializa a distancias inmensas, sin haber transcurrido apenas tiempo para nosotros. Por eso ya no nos hace falta la hibernación. Eso quedó muy atrás en nuestro pasado.

-Entiendo. Son una civilización superior. Me siento como un pigmeo ignorante ante ustedes.

-No diga eso -rechazó el otro-. También nosotros fuimos como usted y como su gente. Todo evoluciona. Pero no siempre para bien, créame.

-Ella habló en otro lenguaje al salir -señaló Dorian a la muchacha de hermosa melena plateada-. Y usted...

-No se sorprenda. Es otra muestra de nuestro desarrollo psicomental. Yo puedo leer ciertas cosas en las mentes ajenas. Su idioma, entre otras cosas. Es una simple transmisión de ideas. Usted me enseña, mentalmente, su forma de hablar, de modo subconsciente. Yo la aprendo sobre la marcha, y mi mente traduce de modo simultáneo a su lengua mis propios pensamientos, ¿entiende?

-Sí, pero... resulta increíble, complejo, del todo asombroso.

-Eso no nos impide estar en apuros y tener problemas, como habrá visto -suspiró el hombre, inclinándose sobre la dama, que ya abría sus ojos nuevamente-. Alteza Imperial, tranquilizaos. Estamos en lugar seguro y con una persona amiga. Tratad de adaptar vuestra mente a nuestro fluido mental, ahora que estáis recuperada, os lo ruego. De otro modo, nuestro noble anfitrión no podría seguir nuestra conversación.

-Oh, entiendo... -ahora, la suave, dulcísima voz de ella, estaba pronunciando palabras inteligibles, como si siempre hubiera hablado en esa lengua, para pasmo infinito de Dorian, que iba de sorpresa en sorpresa.

Dirigió una mirada profunda al joven, y sonrió, para añadir:

-Gracias, amigo mío. Sois muy generoso al ayudarnos, después del daño que, involuntariamente, causamos con nuestro desgraciado impacto a vuestra nave.

-Eso tiene poca importancia, señora. Ya está resuelto. Mi nombre es Dorian. Dorian Kerr, y estoy a vuestras órdenes para cuanto deseéis.

-El mío es Shamoa. Emperatriz Shamoa, del planeta Rhak, en la Galaxia Ursus -ella suspiró, moviendo la cabeza, con ojos algo ensombrecidos-. Un lugar ahora muy lejano, por desgracia...

-Y yo soy Jidda, su consejero y protector -informó suavemente el extraño ser que la acompañaba-. Uno mi gratitud a la de mi Emperatriz, amigo Dorian.

-No tienen que decir nada de eso -rechazó el joven suavemente-. Lo importante es que están aquí, a salvo... por el momento, al menos.

-¿Existe algún peligro en esta nave quizá? -se inquietó la joven Emperatriz, mirando fijamente a Dorian.

-Existe, sí, Alteza -asintió él sombrío-. He tratado de decírselo a vuestro consejero, pero no lo ha creído ni ha parecido darle importancia.

-Verá, Dorian -el hombre de negro habló pausado, con un destello irónico en sus inquietantes pupilas-. Del mismo modo que mis conocimientos de ciencias que usted desconoce son muy amplios, también debo confesarle que poseo poderes capaces de enfrentarme a cualquier riesgo y combatirlo eficazmente.

-Sí, me he dado cuenta. Pero incluso para una mente como la suya, Jidda, el peligro que hay a bordo de mi nave es demasiado complejo y siniestro.

-¿Cree que no había peligros en nuestro planeta de origen? Y sin embargo, los hemos podido dejar atrás. Eso debería convencerle de que soy muy poderoso, y mi Emperatriz nada tiene que temer mientras yo esté a su lado.

-Quisiera creerlo. Tal vez esos peligros del planeta Rhak sean juego de niños comparados con el que ahora se encuentra aquí acechándonos...

-Tal vez -Jidda se encogió de hombros-. Pero no lo creo. Sepa una cosa, Dorian: venimos de un mundo que ha sido destruido.

-¡Destruido! -Dorian miró alternativamente a ambos. No había expresión en la faz alargada de Jidda. Ella movió la cabeza, sin embargo, con gesto de profunda tristeza, asintiendo.

-Así es, Dorian, amigo -confesó la bella mujer de otro mundo-. De mi planeta, de mi imperio... ya no queda nada. Sólo ruinas, un cuerpo celeste ennegrecido y convulso donde nunca más habrá vida.

-Dios mío, lo siento... ¿Cómo pudo suceder?

-Ya le dije antes que la perfección científica no siempre es conveniente -sentenció Jidda con suavidad-. Eso nos ocurrió a nosotros. Llegamos a ser tan poderosos, que nos creíamos invulnerables. Nuestra raza, los orzaks, seres humanos inteligentes como vosotros, vivíamos felices y confiados. Para ellos, el Poder era la máxima evidencia de su propia inmunidad contra cualquier peligro. El Poder era la Ciencia y la Emperatriz. Con ambos símbolos, todo estaba resuelto para presente y futuro. Pero no fue así. Una mítica fuerza destructora de nuestro mundo, llamada Zarokk, fue liberada misteriosamente por alguien, y desencadenó el holocausto final sobre el planeta.

-¿Zarokk? ¿Qué clase de mítica fuerza pudo ser esa? -se intrigó Dorian, sin alcanzar a comprender tan extraña y nebulosa historia.

-El Poder Oscuro que existe siempre junto al Poder de la Luz, como existe el Mal junto al Bien -sentenció con amargura la Emperatriz Shamoa.

-Sí, entiendo. Y como el Diablo junto a Dios, al menos en mi fe.

-Eso es. Comprendo su religión, Dorian -asintió ahora Jidda-. Es algo así. Todo bien tiene su lado malo, el contraste existe, o no existiría lo opuesto. Es decir, si no existiera la belleza, tampoco existiría la maldad. Se complementan precisamente porque son antagónicas. Así sucede con el Poder de la luz y el Poder Oscuro de Rhak. Nosotros olvidamos a este último, imaginamos que todo podía ser bueno, perfecto y beneficioso para nuestro pueblo y nuestra cultura de milenios. Nadie pensó en ello, hasta que la ciencia de alguien, puesta al servicio del Mal, despertó al Poder Oscuro y lo trajo hasta nosotros.

-¿Cómo sucedió eso?

-Nadie lo sabe, ni siquiera yo. Se dijo durante siglos enteros que el Poder Oscuro permanecía encerrado en las simas profundas e insondables del Abismo Negro de nuestro planeta, situado en las Tierras Tenebrosas del Hemisferio Boreal de Rhak. Yo estuve allí una vez y vi de lejos el Abismo Negro, pero no me atreví a llegar hasta él, por miedo a que se cumpliera la profecía de que, cuando un ser humano con inteligencia suficiente llegase hasta allí, liberaría al Poder Oscuro de Zarokk y éste arrasaría todo lo que antes era vida, alegría y felicidad. Alguien, sin embargo, lo hizo por mí. Y las cosas se desencadenaron como la profecía señalaba. El mítico poder maléfico de las sombras emergió de las tinieblas eternas del Abismo Negro, abandonó las Tierras Tenebrosas encarnado en el imprudente que cometió tal error de soberbia, y vino hacia nosotros para aniquilarnos y llevar la muerte y la desolación a Rhak.

-Pero... ¿qué es, exactamente, el Poder Oscuro? ¿Algo físico, algo tangible? -se inquietó Dorian, mirando con fijeza al consejero de la Emperatriz Shamoa.

Las pupilas profundas y ambarinas, salpicadas de destellos violáceos, allá en su larga cara pálida y oval, reflejaron una ambigua sensación de impotencia para describir lo indescriptible. Aun así, trató de hacerlo con lenguaje lo más claro posible para la mente de Dorian Kerr:

-Es Materia y es Pensamiento a la vez. Es fluido y es cuerpo, puede serlo todo o no ser nada. Es «algo» que vivía allí encerrado durante miles de centurias, y que la soberbia y ambición del hombre ávido de poder reavivó y recreó, dándole aliento vital. Está en todas partes y en ninguna, es invisible pero puede hacerse visible. Lo que sí es, implacable, mortífero, aniquilador. Porque de la muerte y destrucción ajenas, cobra él vida propia. ¿Cree entenderlo?

-Vagamente -resopló Dorian, perplejo-. Es casi un concepto abstracto.

-Algo así. Pero capaz de transformarse en determinadas circunstancias en ente totalmente tangible y corpóreo. Si ello sucede, dicen que el Poder Oscuro es vulnerable.

-¿Lo es, realmente?

-Eso, nadie lo sabe aún -confirmó desmayadamente Jidda, encogiéndose de hombros-. Porque nadie lo intentó jamás, amigo Dorian.

-Sólo la leyenda dice que es así -apoyó la Emperatriz con tono suave-. Basta hacer que Zarokk sea materia visible y tangible, para tener la oportunidad única de acabar con él y hundirlo de nuevo en las sombras de lo irreal, de lo inexistente, de modo definitivo. Pero no nos consta que sea así en realidad. Hablamos de pura mitología del planeta Rhak.

-Mitología que, en el caso de Zarokk, se ha hecho realidad -sentenció gravemente Dorian.

-Sí, eso es cierto -admitió ella tristemente.

Reinó el silencio en la cámara. Dorian comprobaba sin cesar los controles de la computadora. Todo parecía en orden allí, al menos por el momento. El riesgo de la presencia de los «resucitados» a bordo, parecía de momento lejano. Pero no se fiaba de eso en absoluto.

Volviéndose a sus nuevos compañeros de viaje, habló con tono preocupado:

-Me inquieta que todo esté tan tranquilo últimamente aquí. Ellos pueden estar ahora en cualquier parte, incluso muy cerca de aquí.

-¿Ellos? -repitió Jidda, curioso-. ¿Quiénes son?

-Es difícil de creer, pero intentaré explicárselo -y así lo hizo, lo más brevemente posible, escuchado con interés por la sorprendente pareja llegada de lejanas galaxias desconocidas.

Al término de su relato, Jidda y la Emperatriz cambiaron una mirada. Fue el consejero de negra indumentaria cósmica el que habló con cauteloso tono:

-Admito que es una sorprendente historia. Pero resulta fácil de comprender.

-¿De veras, Jidda? -dudó Dorian.

-Sí. Es evidente que esa materia detectada por su computadora, es algo así como... como un «virus», en términos científicos de su raza, Dorian. Un virus llegado de otro lugar del espacio, introducido en esta nave sabe Dios cómo. Esa materia extraña «invadió» los cuerpos difuntos, dándoles una falsa vida que no poseen. Ahora sólo son muñecos, marionetas movidas por un parásito capaz de dominarlas y de controlar sus actos. Ese parásito es esa materia orgánica que usted tenía en sus dedos. Posiblemente se trata de células voraces e inteligentes, que destruyeron el interior de esos cuerpos y mentes, asentándose dentro de su envoltura. Y ésta, convertida en una materia quebradiza, por la razón que sea, tal vez por una mutación molecular provocada por la presencia del virus en sus órganos, se ha transformado en un simple robot al servicio de su nuevo amo. Es el Virus el que debe ser destruido... y los monstruos que éste ha creado se convertirán en lo que son ya: simple polvo, materia muerta y descompuesta.

Dorian escuchaba la disquisición del inteligente y astuto Jidda con perplejidad. Tuvo que mover la cabeza, asintiendo.

-Sí, esa parece ser una explicación plausible. Es como si yo me hubiera encontrado también con el Poder Oscuro de mi propio mundo.

-Algo así -sonrió Jidda-. Sólo que no es de su propio mundo, recuerde. Es algo que esta nave encontró en su viaje, una materia cósmica que penetró en la nave a través de cualquier respiradero, y se aposentó en esos cuerpos sin vida, produciendo la mutación porque esas mismas células desconocidas son de naturaleza mutante.

-¿Y existe un medio de combatir tal cosa? -dudó Dorian.

-Siempre existe un medio de combatirlo todo... excepto al Poder Oscuro de Rhak, al menos hasta el momento. Confiemos en ello, mientras esperamos su inevitable ataque, Dorian.

-Sí, sólo nos queda confiar, por el momento -admitió éste, moviendo la cabeza-. Y ahora, sigamos hablando de ustedes. ¿Cómo pudieron salvarse de la destrucción de su mundo?

-Jidda salvó mi vida -suspiró la joven Emperatriz, mirando con afecto a su leal consejero-. Logró conducirme a mi nave personal cuando se producía el caos y todas nuestras ciudades se derrumbaban, sepultando millones de seres bajo sus ruinas, y los cielos de Rhak se desmoronaban en enormes trombas de agua y fuego sobre los edificios y campos. Todavía me pregunto cómo pudo el buen Jidda salir de allí, conmigo en sus brazos, en medio de tanto horror.

-¿Zarokk es capaz de tanta destrucción? -se asombró Dorian, estremecido.

-Zarokk es capaz de todo -asintió Jidda, sombrío-. Su fuerza es absoluta, devastadora. Pero luego debe descansar, recuperar sus energías maléficas. Y cuando vuelve a ser capaz de desatar sus furias sobre todo ser viviente, vuelve a realizarlo, porque ya no puede vivir sin destruir a los demás. Ese aniquilamiento masivo, es su propia vida, lo que a él le insufla la energía superior que puede ser destruyendo sin fin.

-Es horrible. Un ente capaz de vivir sólo gracias a la destrucción de los demás, que se alimenta de muerte y de hecatombe...

-Así es. Incluso tan lejos de nuestro mundo, seguimos temiendo a Zarokk -dijo la Emperatriz con preocupación-. Él puede estar en todas partes, en cualquier parte, y hacerse presente en todo momento.

-Dios quiera que no llegue hasta aquí -suspiró Dorian-. Sólo eso nos faltaba... Imagino que la presencia de esos seres convertidos en robots asesinos sería como un juego de niños ante la proximidad de una criatura tan escalofriante.

-Así es, Dorian -afirmó Jidda-. Roguemos que no se haga presente jamás... Y ahora, Alteza Imperial, creo que debéis descansar. Todo ha sido tan agotador...

-Os facilitaré una cámara donde reposar -señaló Dorian la puerta de la cabina destinada al descanso personal del piloto y controlador de aquella nave-. Jidda y yo podemos arreglarnos aquí. Allí estaréis relativamente cómoda, Alteza.

-Gracias, Dorian -sonrió ella-. Pero creo que antes de dormir un poco, tendré que comer algo. Me siento extenuada, sedienta...

-Eso está enseguida resuelto -sonrió Dorian-. Aunque ignoro si os gustarán nuestras comidas, naturalmente.

CAPÍTULO VII

-Como ve, me han gustado sus alimentos, Dorian -suspiró la Emperatriz de Rhak, apurando su copa de vino-. Todo, absolutamente todo, era excelente.

-Tal vez vuestro apetito os hizo pensar así -rió Dorian-. Personalmente, encuentro insípidas las comidas de estas naves. Y no hablemos de las bebidas, previamente liofilizadas. El champán deshidratado resulta abominable. Pero no hay otro.

-Yo nunca ingerí alimentos de la Tierra antes de ahora, y los he encontrado muy apetitosos -ponderó ella-. Eran menos agradables nuestras propias comidas, os lo aseguro. Con el avance científico y técnico, la química acaba por arruinar sabores y gustos. Supongo que, en grado menos, es lo que sentís en vuestro planeta.

-Ahora, Alteza Imperial, deberíais descansar -aconsejó Jidda, siempre servicial y obsequioso con su Emperatriz.

-Sí, Jidda, gracias -dominó un bostezo y dirigió sus dorados ojos a Dorian-. Si no os importa, claro.

-Por favor, Alteza, estáis en vuestro humilde hogar -se apresuró a responder Dorian-. Es el más alto honor que mi nave y yo pudimos disfrutar jamás. Sois nuestra invitada. Sólo lamento que las circunstancias no sean mejores.

-Yo también -aseguró ella, encaminándose a la cabina inmediata. Jidda cerró suavemente la puerta y se puso ante ella, como fiel guardián de su Emperatriz. Miró a Dorian e invitó.

-Usted puede trabajar o descansar, como guste. Yo cuidaré de todo mientras lo hace.

-No me es posible dormir ahora, Jidda -rechazó el joven astronauta-. Me preocupan esos seres de allá afuera. Están deambulando por ahí, planeando atacarnos de alguna manera...

-No se preocupe por eso. Si vienen, no creo que tenga problemas en enfrentarme a ellos -sonrió Jidda, seguro de sí mismo como siempre.

-Quizá. Pero si eso sucede, prefiero estar bien despierto también -replicó Dorian, algo seco.

-Como quiera -se encogió de hombros Jidda. Y se acomodó en el asiento más inmediato a la puerta de la cabina ocupada ahora por la bellísima Shamoa, dispuesto a montar guardia impasible durante su sueño. Dorian, por su parte, volvió a los sistemas electrónicos de a bordo y siguió controlando el vuelo de la nave. Transcurrieron los minutos y las horas con lentitud. Dorian Kerr se iba sintiendo por momentos más y más inquieto. Algo le decía que aquel silencio, aquella extraña calma en la nave, no presagiaba nada bueno.

-Algo sucede -musitó, hablando consigo mismo-. Allá fuera, en los corredores de esta nave, «ellos» acechan... y van a atacar. Lo presiento. Lo sé.

Librodot

Y, en efecto, sólo unos instantes más tarde, ese presentimiento que era casi certeza total, se hacía realidad. Terrible y ominosa realidad...

Inesperadamente, un violento chisporroteo llegó hasta él, procedente de una de las puertas de las tuberías de renovación de aire y climatización de la nave.

Giró la cabeza, sobresaltado. En medio de un centelleo de violentas chispas azules, la tapa de uno de los tubos conductores, saltó por los aires, impulsada por una fuerza que no parecía sentirse alterada ni atacada por la alta tensión allí aplicada.

La tapa enrejada se disparó. El hueco quedó libre. Y por él asomaron, siniestros, inquietantes, los rostros cadavéricos, con la rubia Velda a la cabeza, aún con su rostro roto y desfigurado, mirándole ardorosa, malignamente. Como una legión de espectros voraces, dispuestos a destruirle.

-¡Jidda! -aulló Dorian-. ¡Ahí están! ¡Son ellos, los muertos que han revivido, los cadáveres invadidos por ese virus!

Jidda se había puesto en pie. Miraba fría, inexpresivamente, a los seis seres de pesadilla que, con siniestra calma, penetraban ya en la cámara de computadoras de a bordo, pisando los cables de alta tensión, que chisporroteaban bajo sus pies, sin causarles al parecer el más leve daño...

*** * ***

-¡Jidda, tenga cuidado! -clamó Dorian, angustiado, tomando su pistola de rayos láser, aunque sabía que no resultaba muy eficaz contra aquellas criaturas malditas-. ¡Cuide de la cabina de la Emperatriz, por el amor de Dios!

-No tema -silabeó el consejero de Shamoa con voz calmosa-. No va a suceder nada, Dorian.

Su fría calma le asombró. Los seis cadáveres avanzaban hacia él ahora. la voz de Morgana, la bella negra, convertida ahora en una cenicienta criatura rígida y de ojos turbios, por cuyas comisuras de los carnosos labios corría un hilillo de viscosa y lívida materia purulenta, llegó hasta él amenazadora:

-Te hemos encontrado... Vas a ser nuestro... Uno más de nosotros...

-¡No, no! -aulló Dorian, disparando furioso su pistola sobre ellos.

El rayo láser se limitó a perforar sus cuerpos con la limpia, gélida raya de luz cegadora. Los cuerpos humanos, aunque agujereados ahora de lado a lado, como si fuesen maniquíes perforados, siguieron su avance, con sólo un leve espasmo.

Se podía ver a través del orificio abierto por el láser en sus cuerpos. Dorian lo comprobó, aterrado, comprendiendo que aquello no bastaba para abatir a unos seres que eran simples máquinas movidas por un impulso inhumano, por una vida extraterrestre de naturaleza desconocida.

Apuntó ahora a sus cabezas, tratando de frenar aquel avance mortal, pero tampoco consiguió nada. Aun con sus cerebros perforados, siguieron en su movimiento inexorable, cada vez más cerca, más cerca...

-Su arma no sirve, Dorian -dijo Jidda glacialmente-. Si le dan alcance, le convertirán en uno de ellos. Creo que ha llegado el momento de hacer algo.

Y lo hizo.

Jidda, el consejero de la Emperatriz del planeta Rhak, se irguió, pareciendo alargarse, estirarse su figura gigantesca, hasta parecer más y más alta aún, estirada y sombría como un ciprés. Su cráneo calvo y puntiagudo casi tocó el techo de la cámara, para asombro de Dorian.

¡El consejero parecía de goma, alargándose por momentos, creciendo y creciendo sin parar!

Era un espectáculo increíble, ver a aquel hombre elástico, prolongando su figura increíblemente, hasta parecer una figura grotesca pero ominosa, que se dirigió hacia los helados e impasibles cadáveres vivientes.

Sus manos, como garras, se alargaron hacia los seres dominados por el virus espacial. Estos no parecían entender lo que sucedía, pero dirigieron ahora sus vacuos ojos hacia él, como intuyendo que el posible peligro para ellos estaba allí, en el sorprendente Jidda, y no en el horrorizado Dorian.

-¡Destruios para siempre, pobres cuerpos putrefactos, cadáveres sin cerebro ni alma! -clamó Jidda, con voz ronca, poderosa, profunda, que hacía temblar los muros metálicos de la cámara-. ¡Sed destruidos de inmediato! ¡Zarokk así lo exige!

Sus manos se convirtieron en auténticas llamaradas de un verde deslumbrante, que hicieron presa en los seis cuerpos. Estos se retorcieron, como si ardiesen en el fuego de un infierno extrañamente verde y fantástico. Crepitaron, mientras con asombro y pavor, Dorian asistía a la escena más delirante que jamás pudo imaginar un ser humano.

Jidda ya no era ni siquiera humano.

Del mismo modo que sus manos se habían hecho fuego verde, su cuerpo, su rostro, todo él se transfiguró a la vista de Dorian, hasta tomar el aspecto alucinante de un monstruo, de un enorme ser gelatinoso y palpitante, de un negro profundo, siniestro y total, del que parecía brotar ahora un gélido viento que arrasaba la cámara, lanzando papeles y objetos por los aires, llevando hasta el aterrado Dorian un soplo glacial, que erizó sus cabellos y agitó sus ropas. De aquella, amorfa masa negra, palpitante y blanda, que era ahora Jidda, mitad sombra, mitad cuerpo oscuro, brotaba todo el frío de la muerte, todo el vaho helado y siniestro de una tumba insondable...

Los cuerpos de los seis monstruos dominados por el virus, ardían ya, convertidos en simples pavesas, que flotaban inofensivas en el aire, hasta no ser más que polvo y, finalmente, no ser nada de nada, desaparecer desintegrado en su totalidad.

Toda la nave *Nébula-7* vibraba, estremecida por temblores convulsos, como si el poder extraño, devastador, del mutante Jidda, hubiera convertido el metal en débil papel agitado por sus fuerzas increíbles, aniquiladoras.

Y en ese momento, Dorian Kerr supo la terrible verdad.

En ese momento, supo que Jidda era Zarokk, el Poder Oscuro.

*** * ***

Librodot

-Zarokk -gimió, crispado-. Oh, Dios, no... Usted... ¡usted es el Mal, es la Fuerza Maligna de Rhak...! ¡Usted es Zarokk! ¡Fue usted quien se adentró en las Tierras Tenebrosas, Jidda! ¡Usted quien asomó al Abismo Negro, y liberó a las fuerzas malignas que en él reposaban! ¡Esas fuerzas se apoderaron de usted, y Jidda se transformó en el Poder Oscuro, en la fuerza capaz de aniquilarlo todo! ¡Usted... no puede vivir sin destruir a cuanto le rodea!

Jidda seguía siendo la amorfa masa negra, hedionda y glacial, palpitando, agitándose ante Dorian, que la contemplaba estupefacto, horrorizado.

De aquella masa, surgió la voz de Jidda, frenética y ensordecedora en su enorme volumen:

-Acertaste, terrestre. Soy Zarokk, el Poder Oscuro de Rhak... No pretendí serlo. Pero fui demasiado lejos confiado en mi sabiduría... y el Poder me dominó y me hizo suyo. Ahora, él y yo somos la misma cosa... Debo destruirte como destruí a los pobres cadáveres que tanto temías... ¡Debes morir, Dorian, para que no reveles la verdad a la Emperatriz!

-¿Por qué eso? ¿Cómo ella no despierta ante el sonido horrible de tu voz, ante todo esto que aquí sucede? ¿Por qué ella no debe saber nada? ¿Pretendes destruirla como a todos los demás, mantenerla engañada hasta hacerla añicos?

-No entiendes nada, humano... -jadeó aquella masa negra, hecha de tinieblas y de destrucción y muerte, de frío y de oscuridad-. Ella me es necesaria. Sin ella, no viviría yo... Sin el Bien, no existe el Mal. Es mi contrapunto, es mi lado bueno... Si la Emperatriz muere, moriría yo con ella. Ella es todo bondad, yo el Mal supremo... Ella puede vivir sin mí. Yo sin ella, no. Debo protegerla, cuidar de ella, como hice hasta ahora. Sois todos los demás... ¡todos...! Los que debéis ser destruidos. Ahora conduciré esta nave a la Tierra, tu planeta. Llegaremos en poco tiempo mediante el traslado de materia hecha energía más allá de la luz... ¡Y la Tierra será aniquilada, lo mismo que todos los mundos habitados por seres humanos e inteligentes! ¡La leyenda tiene razón! ¡Zarokk sólo puede alimentarse de la destrucción ajena, de la muerte y el caos! Ahora, Dorian, mientras la Emperatriz reposa, profundamente dormida gracias a mis poderes, sin que le sea posible despertar hasta que yo así lo desee, tú... vas a morir. No puedes hacer nada. Soy superior a ti. ¡Soy el más fuerte de todos los seres de la Creación!

Dorian vio que la materia negra se precipitaba sobre él. El frío le invadía, haciéndole tiritar, congelados sus miembros. Pronto le invadiría también la oscuridad eterna. Sería la nueva víctima de Zarokk. Y luego, todos los seres de su mundo... Nada ni nadie podría evitarlo.

Recordó vagamente algo que dijera el propio Jidda, antes de su transformación horrenda:

«Sólo cuando se hace visible, el Poder Oscuro puede ser destruido».

Tal vez era sólo leyenda. Pero al menos, valía la pena intentarlo lo intentó con sus escasos, pobres medios. Extrajo su cuchillo eléctrico, olvidándose de su pistola de rayos láser. Y apenas lo empuñó, lo arrojó contra la enorme masa amorfa que era ahora Jidda, el Poder Oscuro llamado Zarokk.

El cuchillo penetró en su materia tenebrosa como pudo haberlo hecho en un montón de gelatina o en un simple agujero negro. Y sin embargo, algo ocurrió.

Algo en el interior de aquella materia inconcreta y sombría que destilaba frío glacial. Algo inconcreto pero cierto.

Se agitó Zarokk, como si le hubieran herido de muerte. Un bramido prolongado escapó del fondo informe de su materia negra la masa fofa e inmunda se removió violentamente. Un hedor insoportable brotó de ella. luego, un gemido ronco, prolongado, escapó de alguna parte, allá en el fondo de su organismo hecho de tinieblas palpitantes:

-Maldito... Me has... me has... herido... Tú, insignificante criatura humana... has sabido hallar mi punto vulnerable... Ni la luz ni el fuego pueden conmigo. Está escrito en el Oráculo del Mal del planeta Rhak... que sólo un delgado acero lanzado por una mano llena de fe, puede acabar con el Poder Oscuro y con las Fuerzas del Mal... Oh, tú, cien veces maldito... Me... has... aniquilado... para siempre...

Y ante el estupor de Dorian, aquellas sombras oscuras empezaron a disolverse, a disgregarse en una especie de humo reptante, para finalmente materializarse en una sola cosa, un cuerpo humano, alto y flaco, vestido de negro, calvo y rígido...

Zarokk volvía a ser Jidda. Pero Jidda estaba muerto también. Pálido, exánime, yacía al pie de la puerta de su ama y señora, la Emperatriz, con el cuchillo de metal eléctrico clavado en su pecho, justo sobre el corazón.

La puerta de la cabina de Shamoa se abrió en ese instante. Ella apareció, clavando sus dorados ojos en el cuerpo yaciente. Dorian trató de explicar, ante el gesto de horror de ella:

-Yo... lo siento, Alteza. No es lo que imagináis... El... Jidda... no era Jidda... Yo no maté a Jidda, lo juro...

Ella le miró larga, serenamente.

-Lo sé -asintió-. Acabo de despertar. Jidda, al morir, me transmitió la verdad sobre su muerte. Me ha hecho saber ahora mismo quién era él realmente... Es mejor así, Dorian. El Mal ha muerto. Él quiso ir más allá de la sabiduría humana, de los límites racionales... y encontró el Mal, que se apoderó de su persona. Trataré de pensar siempre en mi fiel Jidda, no en el Poder Oscuro...

Y con un sollozo, se apresuró a cruzar la cabina, aferrándose a Dorian, que la rodeó con sus brazos, aún temblorosos tras las emociones vividas.

-Alteza... -murmuró, enternecido.

-No, no. Para ti no, Dorian, amigo. Sólo Shamoa. Ahora, estamos solos los dos -susurró ella, apretándose a su cuerpo-. Solos en la inmensidad. La sabiduría y el poder de Jidda no me acompañan. Necesito a alguien a mi lado. Alguien que cuide de mí, que llegue a sentir un día afecto por mí...

-¿Un día? ¿Es tan fácil sentir afecto por ti, Shamoa... Ahora mismo ya me siento capaz de protegerte con mi propia vida, si es preciso. Pero no hará falta. Jidda nunca te hubiera hecho daño. Te necesitaba para seguir existiendo. Y los que podían dañarnos, ya no existen gracias al Poder Oscuro. Eso, al menos, tenemos que agradecerle...

Y comprobó, aliviado, que todas las pantallas del computador funcionaban perfectamente. Era obvio que el virus desconocido había tenido

poder suficiente para anular las comunicaciones electrónicas, del mismo modo que fue capaz de vencer a la alta tensión. Ahora, desaparecido el virus y su extraño poder, ya nada impedía que la normalidad volviese a bordo.

-Resulta extraño que sólo un cuchillo, una simple hoja de acero, fuese capaz de acabar con tanto poder... -musitó Dorian, contemplando el cadáver de Jidda.

-Tiene su lógica en las viejas Escrituras de Rhak -explicó Shamoa con un suspiro-. Allí está dicho que el Mal es antiguo y arcaico como el mundo y la vida misma. Y a su terrible y omnímodo poder, lo más simple puede vencerlo: una piedra o un simple acero. Sólo hace falta que el Mal se materialice, y que el brazo que lance la piedra o el acero, tenga fe en su victoria y en su razón.

-Yo tuve fe, no sé aún por qué motivo. Tal vez Dios me iluminó, para que usara el cuchillo simplemente...

-Tal vez. Tu Dios, Dorian, es el Bien. Zarokk era el Mal. En tu mundo o en el mío, Dios y el Diablo son el Bien y el Mal, tengan la forma que tengan y adopten el nombre que sea...

Dorian la miró. Ella sonrió, entre las lágrimas, muy apretada a él. Se inclinó. Besó los labios de aquella mujer de lejanas galaxias, y el contacto fue dulce, profundo y estremecedor.

-Creo que estoy loco por ti, Shamoa... -susurró.

-Yo no lo creo, Dorian -respondió ella tiernamente-. Estoy totalmente segura de que te amo...

Y ahora fue ella quien le atrajo hacia sí para devolverle aquel largo y emocionado beso que unía dos mundos, dos razas, dos confines del Universo separados hasta entonces por millones de años, de siglos-luz quizá...

FIN